

REVISTA  
DE  
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Depósito legal: M. 550-1958

---

---

Tomo LXII

ENERO - JUNIO 1982

Cuadernos 1.º - 2.º

---

---

ESPAÑOL E INGLÉS. ACTITUDES LINGÜÍSTICAS  
EN PUERTO RICO

*A María Vaquero,  
en su Isla.*

LA ENCUESTA

En 1979 llevé a cabo en Puerto Rico unas encuestas sobre actitudes lingüísticas. Eran paralelas a otras que hice en Méjico y Guatemala<sup>1</sup> y continuación de las que había publicado sobre problemas afines del español peninsular<sup>2</sup>. Una serie de circunstancias interrumpió mi trabajo cuando la Isla se encontró bajo la adversidad de los huracanes: cerrados los centros docentes y cortadas las comunicaciones, mis tareas quedaron inconclusas. Sin embargo, el espíritu científico de colegas y alumnos completó la colección de encuestas proyectadas y aun allegó otros muchos materiales. Conste a todos mi gratitud por la generosidad de su esfuerzo.

Con un breve cuestionario, que iré comentando a lo largo de estas páginas, quería comprobar la actitud de los puertorriqueños ante su lengua; de una parte, la denominación con que la designan y, de otra, la conciencia con que se encaran al problema de la presión norteamericana. En torno a estas cuestiones, otros motivos que actúan de contrapunto.

---

<sup>1</sup> Estas últimas se han publicado (1981) en el Homenaje a Eugenio Coseriu.

<sup>2</sup> *Actitud del hablante y sociolingüística*, apud *Teoría lingüística de las regiones*, Madrid, 1975, págs. 91-114.

Virtualmente, se rellenaron cuestionarios en toda la Isla y, muy numerosos, en el área metropolitana (San Juan, Santurce, Río Piedras). A pesar de la distribución geográfica, informes de este tipo no van a ser discriminadores por cuanto se trata de un hecho que afecta a problemas estrictamente sociales y enraizados, muchas veces, en una conciencia nacional, que veremos hasta dónde condiciona las respuestas. Por eso me parece mejor señalar las características de estas gentes en los papeles que representan dentro de unas estructuras de grupo más amplias<sup>3</sup>.

Las 150 encuestas se pueden ordenar así:

1. **HOMBRES = 71.**

De cultura inferior: Pescador 1, conserje 1, albañil 1, guardia 1, campesino 1, obreros 3 = 8.

De cultura media: Técnicos (de electricidad, teléfonos, etc.) 7, delinante 1, fotógrafo 1, comerciantes 5, administrativos 7, agente de seguros 1, funcionario de correos 1, peluquero 1, músico 1 = 25.

De cultura superior: Maestros, profesores, catedráticos 11, economista 1, bibliotecario 1, ingenieros 4, ejecutivo 1, médicos 6, estudiantes universitarios 14 = 38.

2. **MUJERES = 79.**

De cultura inferior: Conserje 1, amas de casa 22<sup>4</sup> = 23.

De cultura media: Enfermeras 3, secretarias (en sus diversas especialidades) 18, funcionario de correos 1, técnicas (de laboratorio, nutrición, cosmetología) 3, comerciante 1, intérprete 1, peluquera 1 = 28.

De cultura superior: Maestras, profesoras, etc. 10, ejecutivas 2, médicas 2, economista 1, estudiantes 13 = 28.

En cuanto a la edad<sup>5</sup>, los **HOMBRES** se repartieron así:

Hasta 20 años = 3.

Entre 21 y 30 = 24.

Entre 31 y 45 = 20.

Entre 46 y 60 = 13.

Más de 60 = 3.

<sup>3</sup> Los cuestionarios están clasificados en el Departamento de Geografía Lingüística (C. S. I. C.), de Madrid.

<sup>4</sup> Aunque pueden tener títulos de diversos grados de capacitación. Hacemos constar su no ejercicio profesional.

<sup>5</sup> Algunos informantes (hombres y mujeres) no quisieron decir su edad; de ahí que los números no coincidan totalmente con los que hemos dado poco más arriba. También se respetó el anonimato que quisieron mantener algunos informantes.

Las MUJERES se distribuyeron de este modo:

- Hasta 20 años = 6.
- Entre 21 y 30 = 25.
- Entre 31 y 45 = 26.
- Entre 46 y 60 = 4.
- Más de 60 = 5.

Otras circunstancias (centro de estudios, conocimiento de inglés, etc.) se harán conocer oportunamente.

#### LA LENGUA PROPIA

No hubo ni una sola excepción en considerar el español como la lengua de Puerto Rico<sup>6</sup>. Queda claro que, con independencia de adhesiones políticas, de presiones, de pretendido bilingüismo, los 150 hablantes se manifestaron de manera concorde. Y esto es tanto más significativo por cuanto —veremos— hubo discrepancias en otras cosas. Pienso en Rafo, el trágico personaje de un intenso relato de Edwin Figueroa, que en la lengua encontraba su inalienable identidad:

Ya los muchachos no quisieron ser nuestros hijos [...] No los entendemos, ni ellos nos entienden... Hablan otro idioma y piensan de otra manera [...] Y los nietos, no se diga, ni una palabra pueden decir en cristiano. Aquí por lo menos voy a trabajar al aire libre, en el campo, en mi propia tierra, con gentes que me hablan y las entiendo<sup>7</sup>.

La lengua de todos, cultos e ignaros, hombres y mujeres, viejos y jóvenes es el español<sup>8</sup>. Ahora bien, cuál sea la designación afectiva que se dé a esa lengua es una cuestión que ha suscitado no pocos matices y ha hecho correr no poca tinta. Si nos fijáramos en la designación con que se conoce la lengua, los datos hablan con elocuencia:

	NÚMERO	PROPORCIÓN
Castellano ... ..	6	4 %
Español ... ..	141	94 %
Ambas denominaciones ... ..	3	2 %

<sup>6</sup> Cfr. GERMÁN DE GRANDA, *Transculturación e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo (1898-1968)*. Citaré por la edición de Río Piedras, 1972, págs. 119-145. El libro motivó multitud de reacciones sentimentales desprovistas de cualquier tipo de objetividad; en las reseñas abundan los exabruptos y hasta las injurias, pero no se aducen razones objetivas. No obstante, hubo otras en defensa de la obra: cfr. ESTEBAN TOLLINCHI CAMACHO (*El Mundo*, 3 de junio de 1969) y MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS («Thesaurus», XXV, 1970, págs. 114-122), etc.

<sup>7</sup> *Don Rafo y los caballos*, apud «Seis veces la muerte», Río Piedras, 1978, pág. 20.

<sup>8</sup> Vid. PEDRO A. CEBOLLERO, *La política lingüístico-escolar de Puerto Rico*, San Juan, [s. a.], pág. 120.

Evidentemente, *español* es la nomenclatura generalizada. Ese ralo 4 % de *castellano* no significa mucho y aún debe ser atenuado<sup>9</sup>. Porque Puerto Rico permaneció unido a la corona de España durante todo el siglo XIX y ello hizo que participara de la misma suerte que la designación de la lengua tuvo en la Península. Porque *español* cobró arraigo en el siglo XVIII y si no sustituyó a *castellano*, al menos se generalizó; Puerto Rico sufrió los avatares metropolitanos y su testimonio es ejemplar: *español* es el nombre de la lengua a la que afectivamente se siente enraizado cada uno de los hablantes, sin detrimento de su personalidad y sin menoscabo de su conciencia puertorriqueña. A esta expresión de coherencia posiblemente ha ayudado otro hecho de carácter político: el titulado «cambio de Soberanía» vino a enfrentar la lengua propia con otra llamada inglés, que se manifestó con una enorme fuerza coactiva. Inglés, como en otras naciones alemán o francés o italiano, exigió un correlato amplio y generalizador, *español*, en vez del minoritario y restrictivo, *castellano*. Más aún, la gran afluencia de emigrantes en el siglo XIX procedió de regiones españolas no castellanas (Cataluña, Baleares, Aragón, Asturias)<sup>10</sup>, con lo que *español* acentuaba su carácter integrador: lengua de todos —peninsulares o no—, e incluso de gentes cuyo román paladino no era castellano, sino catalán o gallego.

Que este *español* puede estar matizado con valoraciones terruñeras es evidente, y a ello volveré más adelante, pero ahora me basta con señalar que el informante 140, el más viejo de cuantos colaboraron en nuestras tareas (había nacido en Culebra, en 1895), sabía que la lengua también se llama *castellano* en otras partes, pero era preferible llamarle *español* o, en todo caso, *español de Puerto Rico*. Este hombre, que había estudiado hasta el octavo grado, se encontraba muy identificado con su lengua (apenas sabía inglés), la única en la que había estudiado, y en la que se realizaba desde su perspectiva insular (*de Puerto Rico*).

<sup>9</sup> Informantes 15, 18, 22, 34, 95, 150.

<sup>10</sup> Cfr. ESTELA CIFRE DE LOUBRIEL, *La formación del pueblo puertorriqueño. La contribución de los catalanes, baleáricos y valencianos*, San Juan, Puerto Rico, 1975. La autora señala que «el primer puesto de la inmigración a la Isla lo ocupa la región mediterránea que es la que va a marcar definitivamente —como más reciente— el módulo del puertorriqueño de hoy, sobre todo, desde el punto de vista étnico» (pág. 25). Pero creo que la afirmación no puede aceptarse así, a humo de pajas. Según esa obra, en el siglo XIX había 2.215 catalanes, 888 valencianos y 1.165 baleares, lo que hace un total de 4.268 personas. Doy las cifras globales de cada procedencia, teniendo en cuenta, también, las listas adicionales (vid. págs. 49, 57, 59 y 319-324, 481-485 y 403-407). La señora Cifre había realizado otros estudios anteriores al que ahora me ocupa: *Inmigration to Puerto Rico during the Spanish Dominion of the Island*, Columbia University, Nueva York, 1950, y *La inmigración a Puerto Rico durante el siglo XIX*, Río Piedras, 1962.

Por el contrario, quienes prefirieron *castellano* presentaban una coherencia menor: una informante de Toa Alta <sup>11</sup>, no tenía razones para explicar la denominación; otra, de Mayagüez <sup>12</sup> sabía que vino de Castilla: tanto más sorprendente porque, aun teniendo —sólo— escolaridad elemental, respondió con muchísima lucidez, con un gran sentido lingüístico y con un consciente apasionamiento. En los otros hablantes, las respuestas me parecieron menos espontáneas; unos manifestaban incoherencia por poseer —ya— sabiduría libresca: así el maestro <sup>13</sup> que era bachiller en Pedagogía, dijo que la lengua era el *castellano* porque «viene de España y tiene un fondo histórico con Castilla»; es decir, verdades mal asimiladas y que producían unos resultados inconsecuentes. Para un estudiante de Santurce y un médico de Salinas, el nombre y su justificación parecen leídos (la lengua se llama *castellano*, pues «es el nombre original, porque viene de Castilla», inf. 22 y 150), lo mismo que para otro de la misma localidad («*castellano*, que es el que trajeron a América», inf. 34). Creo que el carácter erudito de esta terminología se comprueba con los informantes (35 y 97) que, siendo estudiantes universitarios, llamaban a su lengua *castellano* o *español* porque «su origen es de Castilla o de España» o «porque se origina en España». [¿Entonces qué sentido tiene *castellano*?] <sup>14</sup>.

Es decir, *castellano* se muestra como término —en general— menos espontáneo, producto, no pocas veces, de sabiduría libresca, incluso mal asimilada, y, además, incoherente con lo que se expresa. Frente a esta pobreza, los partidarios de *español* tenían ideas justas de puro elementales: la lengua se llama así porque:

1. Vino de España (inf. 2, 3, 5, 7, 17-21, 23-32, 37, 39, 40-45, 48, 50-52, 54, 56-67, 69-72, 77, 81, 85, 86, 90, 92-94, 96, 97, 100-104, 108, 114-116, 120, 124, 126, 127, 130, 131, 133-135, 137, 141, 142, 144, 147-149).
2. Es idioma universal de España (inf. 12).
3. La heredamos de los españoles (inf. 13, 38, 55, 68, 75, 78, 79, 83, 84, 105, 113, 118, 128, 129, 140, 145).
4. Fuimos colonizados por los españoles (inf. 2).
5. Porque los españoles le pusieron nombre (inf. 4, 9) <sup>15</sup>.

<sup>11</sup> Ama de casa, cuarenta y tres años, estudios hasta segundo curso de bachillerato (según la terminología española: Instituto = Escuela Superior, ingl. *High School*). En los archivos aparece clasificada con el número 15.

<sup>12</sup> También ama de casa, sesenta y ocho años, con sólo instrucción elemental (informante núm. 95).

<sup>13</sup> De Santurce, treinta y seis años.

<sup>14</sup> Los inf. 23 y 32 (estudiante y obrero, respectivamente), añadieron «y del latín».

<sup>15</sup> Claro que los inf. 36 (estudiante de Universidad) y 112 (contable) la llamaron *español* «porque viene de Castilla»; el 47, un contable de treinta años, dijo: «la cultura puertorriqueña la llama *español*, pero es *castellano*».

O hubo motivos que no caben en la enumeración anterior:

6. Respuestas heterogéneas <sup>16</sup>.
7. Ignoran el porqué (inf. 1, 8, 10, 15, 49, 80, 99, 136).

Además, diversos hablantes que acertaron con unas dianas totalmente válidas cuando decían que su lengua era «español, porque castellano es más castizo» <sup>17</sup>, «porque el castellano es más puro; el español, más general» <sup>18</sup>, «porque no es el castellano castizo» <sup>19</sup>, «es más puro el castellano» <sup>20</sup>, «porque si lo habláramos como el castellano, lo llamaríamos así» <sup>21</sup>, «porque es la evolución del castellano» <sup>22</sup>, «porque viene a formarse del castellano» <sup>23</sup>, «castellano se limita a Castilla y español es más general» <sup>24</sup>, «porque no habla como los castellanos» <sup>25</sup>.

Es decir, *español* es la lengua de Puerto Rico porque, en amplia síntesis, procede de España. Pero quienes tenían conciencia de que existía el castellano llegaron a matizar con precisión: *español* es término más general y resulta evolución de otro anterior, *castellano*; éste se considera con carácter restrictivo por cuanto es más castizo o más puro. En resumen: *castellano* es la denominación restrictiva, localista y paradigmática de la lengua; *español*, el suprasistema abarcador de las modalidades regionales; por su amplitud, designa a la modalidad lingüística de Puerto Rico, discrepante de ese ideal lingüístico que se llama Castilla. Esto es lo que se desprende de unas respuestas obtenidas al enfrentarse con la lengua en un plano de validez general o, digamos, de cierta abstracción intelectual. Los resultados podrán ser

<sup>16</sup> «Antiguamente se llamó castellano; luego le pusieron español» (inf. 6), «porque somos puertorriqueños» (inf. 11), «porque todo el mundo la habla» (inf. 14), «porque es lo que hablo» (inf. 16), «la Real Academia le dio nombre» (inf. 73), «porque los españoles invadieron nuestra isla» (inf. 87), «porque viene de raíz latina» (inf. 91), «porque es el lenguaje de uno» (inf. 98), «porque así me enseñaron que se llamaba» (inf. 106, 111), «porque todo el mundo la llama así» (inf. 117, 119), «como es de Cervantes, así la pusieron» (inf. 123), «porque nuestro idioma se le define con ese nombre» (inf. 132).

<sup>17</sup> Médico de Santurce (inf. 20).

<sup>18</sup> Estudiante de Santurce (veintidós años) que apostilló: «el español es producto del habla castiza en el nuevo mundo» (inf. 33).

<sup>19</sup> Secretaria de Santurce (inf. 45).

<sup>20</sup> Médico de Bayamón (inf. 76).

<sup>21</sup> Ama de casa, con cuarto año de instrucción; de Bayamón, treinta y tres años (inf. 82); economista, de San Juan, veintisiete años (inf. 143); profesora de Río Piedras, veintiséis años (inf. 146).

<sup>22</sup> Estudiante de Lares (inf. 88).

<sup>23</sup> Añadió luego inexactitudes: «y de todas las formas derivadas del español de América» (inf. 89. Doctor en Filosofía; de Mayáguez, cuarenta y un años).

<sup>24</sup> Inf. 107: Estudiante (mujer) de Cayey (treinta años).

<sup>25</sup> Catedrática auxiliar (Yaúco).

otros cuando surja la comparación con las modalidades terruñeras, pero es lógico: en un planteamiento general cada uno se solidariza con la lengua que posee, y procura la objetividad, pero valorar la realización local de ese sistema es enfrentarse con hechos de lengua, y en ellos no valen las formulaciones universales, y se busca la identificación con esa realidad entrañable que es la del propio terruño. O con otras palabras que gustarían a muchos lingüistas: unidad en el plano de la lengua; variedad, en el del habla.

#### VALORACIÓN DE LA PROPIA HABLA

Alguna vez he tenido que hacer referencia a los juicios de hablantes sobre su propia modalidad lingüística, pero —desde un principio— me interesó saber hasta qué punto había arraigado una conciencia de personalidad y cómo podía manifestarse. Para ello grabé un texto que yo mismo había escrito sobre Puerto Rico; pretendía que cada informante lo escuchara y emitiera un juicio de valor: aquella modalidad ¿era mejor o peor que la propia? Se trataba de un sistema con distinción de *s* y *ce*, de *elle* y *ye*, de *l* y *r* implosivas, con *-s* final, sin ningún tipo de aspirada; es decir, modalidad española de tipo muy conservador y, al parecer, sin ningún marcado acento regional. Para que hubiera una fácil caracterización, traté de que todos los rasgos de mi habla aparecieran con mucha frecuencia, pero rehuyendo cualquier amontonamiento artificial o la apariencia de un trabalenguas que pretendiera superar dificultades. Lógicamente, hubo tres grupos de respuestas: quienes creyeron que era mejor la modalidad grabada, quienes prefirieron la propia o quienes sostenían la paridad de ambas. Pero todo ello necesita otros comentarios.

Quiero hacer la salvedad de que mi texto, leído, podría presentar un carácter más cuidado y menos espontáneo que el de una conversación informal; tal vez ello pudiera condicionar alguna valoración, pero —también es cierto— que a otras personas yo les parecí un mal lector y estaban dispuestas a salir a una especie de juicio de Dios para demostrar lo bien que eran capaces de leer<sup>26</sup>. El problema no era éste, sino el de caracterizar unos rasgos, tal y como he dicho, tal y como eran sentidos. Que surgieron mil valoraciones distintas, y de todo tipo, es evidente y trato de valorarlas objetivamente: cada una de ellas, con su xenofilia o con su xenofobia, con su orgullo local o su despego,

<sup>26</sup> Una maestra (cuarenta años) de Ceiba, que solía discurrir con ciertos patrones adquiridos.

con su indiferencia o su apasionamiento son otros tantos tipos de actitud, hecho psicológico que repercute en la lengua y, no olvidemos, una lengua es, o será, aquello que de ella hagan sus usuarios. Y la irritación que a un hablante le producía oír hablar peninsular, así, *grosso modo*, podía ser un soporte de conciencia nacional que, en definitiva, ayudaba al arraigo del español. Creo que los informes recogidos permiten numerosos comentarios, que intentaré sistematizar. Pero, antes de pasar adelante, voy a anticipar unos resultados <sup>27</sup>:

PREFIEREN	HOMBRES	MUJERES	TOTALES	PROPORCIÓN
La modalidad puertorriqueña <sup>28</sup> ... ..	27	25	52	37,1 %
La española <sup>29</sup> ... ..	19	29	48	34,2 %
Ambas tienen el mismo valor <sup>30</sup> ... ..	21	14	35	25 %

La variedad local del español era preferible por una serie de razones que iban desde la carencia de motivos (inf. 7, 44, 56, 80) hasta un ideal académico de corrección. Evidentemente, el subjetivismo juega un papel importante, y, es lógico, cualquiera donde se encuentra más cómodo es dentro del propio sistema, ya que con él se realiza, se comunica o en él se identifica. Por eso es natural que muchos hablantes prefirieran su peculiaridad lingüística por ser la propia y la que para ellos era la más fácilmente comprensible <sup>31</sup>. Claro que dentro de este difuso subjetivismo surgían matices: unas veces para sentir el orgullo de la propia modalidad frente a las demás <sup>32</sup>, otras para expresar la intimidad <sup>33</sup>. De ahí que aparecieron valoraciones evidentes: es más sencilla y fácil de pronunciar (inf. 28), «llega a más personas» <sup>34</sup>, se comunica mejor (inf. 8 y 93), es más clara (inf. 47 y 84) y exacta (inf. 47). Dentro de estas observaciones cabría un conjunto de notas que consideran el habla

<sup>27</sup> En la tabulación sólo entran 140 encuestas; en las 141-150, no se dispuso de la grabación.

<sup>28</sup> Informantes 1, 7, 8, 9, 11, 15-17, 23, 25, 28, 36, 39, 40, 42-44, 47, 56, 57, 59, 63, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 78, 79, 80, 83-87, 90, 92, 93, 97, 100, 112, 121-123, 128, 130, 135, 137-140 = 52.

<sup>29</sup> Informantes 2, 4-6, 10, 14, 18, 19, 30-33, 38, 45, 46, 49, 60, 62, 64, 73, 74, 76, 77, 81, 82, 91, 94, 96, 99, 101, 103-106, 108-111, 113-115, 117, 127, 129, 131-134 = 48.

<sup>30</sup> Informantes 3, 12, 13, 20-22, 24, 26, 27, 29, 34, 35, 37, 41, 52-55, 58, 61, 67, 72, 75, 88, 89, 95, 98, 102, 107, 116, 118-120, 124, 125 = 35.

<sup>31</sup> Informantes 1, 11, 15, 16, 25, 36, 43, 45, 65, 70, 78, 79, 83, 85, 86, 90, 97, 100, 112, 122, 128, 137, 138, 139.

<sup>32</sup> Un ama de casa (cincuenta y dos años) de Barceloneta.

<sup>33</sup> «Es la forma en que yo me he criado y es mejor porque yo la he adaptado más a mi personalidad» (obrero especializado, cuarenta años, de Orcavís).

<sup>34</sup> Y ser más «popular» (secretaria de veintitrés años de Santurce).

que se utiliza como «menos afectada» (inf. 71), «más llana» (inf. 58)<sup>35</sup>, «más práctica» (inf. 57).

Es decir, todo un conjunto de razones subjetivas han determinado la preferencia por la propia modalidad, todas giran en torno a un uso que la hace fácil de comprender y útil de manejar. Desde aquí no hay sino un paso hasta considerar las peculiaridades isleñas como más correctas<sup>36</sup> y de pronunciación mejor, según afirmaron rotundamente los informantes 9, 130<sup>37</sup>, 135. Evidentemente, esto supone una toma de posición frente a la modalidad lingüística que se les sometía a valoración: entonces, el español de España (modalidad norteña) era repudiado por unos rasgos fonéticos: pronunciación de *ce* (inf. 17, 36, 66 87), de *jota* (inf. 92) y por su tono «más ronco» (inf. 140), que pueden llevar a que «no se le entiende lo que dice» (inf. 39, 40). Por último, un joven estudiante preferiría su modalidad lingüística de acuerdo con razones puramente escolares: «a mí me entenderían mejor en más países, ya que España poseía muchos territorios que quedaron hablando más o menos como yo» (inf. 23). Por último, no habría que echar en saco roto la xenofilia de las mujeres frente a cierta xenofobia de los varones.

Tenemos, pues, un abanico de posibilidades que pueden reducirse a una concisa síntesis. Un conjunto de puertorriqueños prefirieron su habla frente al español peninsular porque con ella se identificaban plenamente: era el vehículo de su propia personalidad y el instrumento de comunicación en los estrechos límites de la Isla; lógicamente esa modalidad era para ellos llana y clara, mientras que se distanciaban de unos rasgos fonéticos de los que no participaban (*zeta*, *jota*). Que desde estos presupuestos llegaron a creer dogmáticamente en valoraciones de la corrección propia, no tiene nada de particular aunque sea una cuestión que carece de interés para nosotros, pero hemos de comprender, si queremos ser objetivos, que una valoración subjetiva de lo propio como bueno, lleva a la pretensión objetivadora de establecer unos principios normativos, que se convierten en normas objetivas.

---

<sup>35</sup> «No tanto por la pronunciación, ya que ninguna pronunciación extranjera es mejor que la local» (fotógrafo de Río Piedras, treinta años).

<sup>36</sup> Una secretaria de Sabana Grande, bastante pedante (treinta y siete años), al preguntarle cuál de las dos modalidades era mejor, dijo: «La mía, decididamente; porque la mía tiene menos afectación y mejor vocabulario». Es la persona que dijo que el español «como es de Cervantes, así le pusieron» y el inglés, porque «viene de Shakespeare». Un administrador de Yabucoa con dos licenciaturas universitarias, escribió: «yo proyecto la voz más que él y mi articulación es más clara».

<sup>37</sup> «Porque domino mejor las letras».

ACTITUD ANTE UNA MODALIDAD  
ARCAIZANTE DEL ESPAÑOL

Las razones que hacían preferible el español de España fueron de carácter muy heterogéneo. Unas eran fonéticas, otras ampliamente lingüísticas, otras estéticas, otras históricas. He aquí una amplia gama razonada con criterios diversos y de muy distinto valor, pero que sirven para ir conformando el propio criterio lingüístico del hablante. Lógicamente, no pretendo encontrar la coherencia con que debiera expresarse un profesor de historia del español, pero, es posible, en el conjunto podremos hallar razones de profundo sentido, como las que hemos encontrado en los hablantes que repudiaban la norma peninsular.

Para muchos de los informantes, la modalidad peninsular nortea es mejor, porque lo es su fonética<sup>38</sup>. Y aún había especificaciones que justificaban un criterio, aunque quedaran bien ajenas a lo que ese hablante español ha aspirado en toda su vida: «es una voz clara, pausada, expresiva. Puede llegar a las masas con facilidad»<sup>39</sup>, o, dentro de una valoración estrictamente lingüística<sup>40</sup>, «porque no se come las letras ni las cambia» (inf. 133). Carácter fonético tiene, indudablemente, la claridad, por cuanto afecta a la intelección de los sonidos y así, para algunos informantes, mi habla era más clara<sup>41</sup> y precisa (inf. 19). Esta prioridad la daba la distinción entre *s* y *ce* (inf. 99, 109) y no percibían ningún otro rasgo; lo que lleva a pensar en una generalización muy extendida por América: el español de España se caracteriza por tener *ce*, y ahí acaba todo. Bien es verdad que las cañas para otros fueron lanzas, pues reconocían la superioridad del español peninsular «aunque tiene *ce*» (inf. 31). Por último, los rasgos fonéticos afectaron a veces a la «mejor entonación» (inf. 110) o a la sonoridad de la variante (inf. 101).

Carácter más ampliamente lingüístico tuvieron apreciaciones como las imprecisas de «habla perfecto» (inf. 129), «es más cuidada» (inf. 18), «tiene más vocabulario» (inf. 4 y 5), «es más correcto» (inf. 10, 108). Perfección y riqueza apuntan de inmediato a un ideal que no se posee y convierte la modalidad escuchada, pero ajena, en una teoría de valoraciones puramente subjetivas: se trata de un español «más

<sup>38</sup> Informantes 14, 30, 38, 45, 60, 62, 73, 82, 91, 94, 103, 110, 111, 127, 183.

<sup>39</sup> Informante 91, peluquero de Mayáguez (treinta años), con tercer año de Universidad.

<sup>40</sup> Inf. 19, 38, 103, 113.

<sup>41</sup> Informantes 45, 49, 50, 96.

bonito» (inf. 10, 84, 94), «más puro» (inf. 32, 46, 74, 76), «precioso y bello» (inf. 114). Entonces el hablante busca las causas que condicionan tales hechos y en las que justifica su propia situación. En una encuesta como la que aquí comento pudo hacerse la valoración de un hecho harto limitado (qué impresión producía la lectura grabada de una persona que habitualmente no estaba presente) y pudo intentarse, también, la justificación histórica de los hechos. La primera de estas apreciaciones contó con el resultado de una comparación inmediata; así hubo puertorriqueños que vieron en el español escuchado unas condiciones que afectaban al hablante que «se expresaba mejor» y tenía «más cultura»<sup>42</sup>.

En cuanto a las razones históricas apuntaban al hecho de que la lengua escuchada, por ser una modalidad peninsular, era «más castellano» (inf. 12) y, lógicamente, la prioridad será propicia a España por ser el solar de la lengua común<sup>43</sup>. Evidentemente, se trata de ideas de cuño académico hondamente arraigadas. Otras motivaciones, ahora sincrónicas, también están motivadas en fundamentos históricos: la presencia del inglés. Así uno y otro hablante dirían que el español escuchado era «más refinado porque nosotros estamos en contacto con otro idioma» (inf. 64), que el español no tiene interferencias del inglés (inf. 32, 131) o que el habla puertorriqueña es «una mezcla» (6, 46) y está «contaminada» (inf. 76)<sup>44</sup>.

He aquí expuestas unas razones que pretenden explicar los hechos. Tal vez no hubieran sido las mismas si el elemento de la comparación hubiera sido andaluz, pero lo que busqué era enfrentar dos modalidades extremas de una misma lengua para conocer el funcionamiento de los resortes interiores del hablante: su reacción, ahora, tenía un carácter totalmente distinto de lo que nos habían dicho los puertorriqueños del apartado anterior. Hay una modalidad lingüística que se considera superior, y es el español, digamos con carácter limitativo castellano (= septentrional) y es mejor porque hubo unas causas históricas que lo justifican (el origen de la lengua) y otras actuales que operan en sentido negativo (presencia del inglés). Ese paradigma convertido en ideal lingüístico llevó a unas valoraciones estéticas en las que los objetivos se desgranaban sin ninguna objetividad: *bonito, precioso, bello*. Y llevó también a unas preferencias escolares: nuestra informante nú-

<sup>42</sup> Informantes 5, 104, 105, 106, 111, 115, 117, 132.

<sup>43</sup> Informantes 30, 46, 77, 134.

<sup>44</sup> Dejo fuera algún razonamiento incoherente. Para un estudiante universitario (veintidós años) de Santurce, en principio, la forma mejor era la grabada, «pero, en la práctica, no».

mero 49 dijo que en la escuela le decían que la lengua mejor era el *castellano*, y subrayo la respuesta, a pesar de que dijo hablar *español*.

Un último grupo lo constituyen aquellas respuestas que consideran del mismo valor a las dos modalidades enfrentadas. También ahora hay justificaciones para la postura, aunque estén amparadas muchas veces en sabiduría libresca, como la maestra de Aguadilla que distinguía claramente entre la objetividad y el sentimiento (inf. 3), el profesor de Vega Baja que las caracterizaba como «dos formas de hablar el español» (inf. 12)<sup>45</sup>, la maestra de Corozal que veía en un plano la realidad abstracta y en otro la posibilidad de comunicarse a través de un instrumento usual y no artificioso (inf. 13)<sup>46</sup>, o los que valoran la corrección desde determinados niveles culturales (inf. 116)<sup>47</sup>. Fuera de los informes que para poco cuentan<sup>48</sup>.

Si en los dos primeros tipos de valoración que he considerado había no pocos elementos subjetivos, ahora no encontramos sino los que se sustentan en la objetividad. Y es lógico: el eclecticismo es un resultado del saber y del conocimiento de la relatividad. Nada —o casi nada— es un valor absoluto, y mucho menos en los hechos de lengua, habitualmente llenos de connotaciones que los matizan o los atemperan. Más o menos vamos sacando una información objetiva como resultado de una serie de subjetivismos y nuestro pensamiento se orienta claramente hacia pagos muy distintos de los nuestros; sobre los datos allegados por el abate Grégoire, Michel Certeau y sus colaboradores pudieron montar un libro apasionante: *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois*<sup>49</sup>.

#### LA PRESENCIA DEL INGLÉS

Al tentar la caracterización del español de Puerto Rico ha surgido una cuestión a la que pretendíamos alcanzar. Para algunos hablantes

<sup>45</sup> Con él podrían ir otros informantes: 21, 24, 26, 27, 29, 35, 37, 41, 52, 55, 67, 72 («allá en su país la forma de él hablar es la mejor y aquí la mía»), 75, 88, 89, 102, 107, 118, 119, 120 («es cuestión de acento»), 124.

<sup>46</sup> El inf. 58 (oficial administrativo, cincuenta y cinco años, San Juan) reflejó con exactitud: «Él tiene las características del lugar donde nació [mejor, donde aprendió y practicó] y enuncia todas las letras. Si yo hablara aquí así, la gente se reiría».

<sup>47</sup> Una catedrática de Yaúco respondió que el «criterio de corrección [no se había preguntado por él] es relativo. La norma es dada por el criterio de cada región» (inf. 125).

<sup>48</sup> Una pedagoga de San Juan (cuarenta años) nos apostilló: «es la lengua que proviene de España (genitivo) [sic]... lee un trozo literario y se hace difícil precisar su verdadera forma de hablar» (inf. 61).

<sup>49</sup> Edit. Gallimard, París, 1975.

la presencia del inglés es perturbadora <sup>50</sup>. He aquí el tema de la segunda parte de este trabajo: la postura de unos hablantes de español frente a otra lengua que se les impone, y otra vez el destino de la lengua en la voluntad de quienes la tienen —y la reconocen universalmente— como instrumento de comunicación.

Estos 150 puertorriqueños tienen al español como lengua propia, pero necesitan del inglés <sup>51</sup>. De ahí una serie de cuestiones (preferencia, concepto de más valer, resultados de bilingüismo, etc.) que trataremos de encarar con los materiales de nuestras encuestas. Para ello asentemos un principio: ¿qué grado de conocimiento de inglés tienen esos hablantes de español? Según sus propios informes, 82 lo hablaban bien <sup>52</sup>; 27, un poco <sup>53</sup>; 12, muy poco <sup>54</sup>, y 20, nada <sup>55</sup>. Evidentemente, no se puede juzgar con objetividad sino los extremos de la tabla: lo hablan bien un 53,3 % y no lo hablan nada un 13,3 %. La franja intermedia es más difícil de valorar, pues *poco, un poco* tienen carácter hartamente relativo, ¿quiere decir *bastante bien, sí?* *Muy poco* posiblemente inclina el platillo hacia *escasamente, nada*, pues de otro modo el adverbio hubiera sobrado. Con todo el margen de error que la incertidumbre apunta, pienso que *poco* puede ser un conocimiento pasable y *muy poco*, insuficiente <sup>56</sup>. Tendríamos, pues, que conocen el inglés con mayor o menor perfección un 78 % de los puertorriqueños interrogados y le es ajeno a un 22 %. Ahora bien, ¿a qué grupos pertenecen los que lo ignoran? De ese conjunto de 31 personas, 20 son mujeres <sup>57</sup> y 11, hombres <sup>58</sup>, lo que vale como primera caracterización; lógicamente, las gentes de más arraigo tradicional serán las que necesitarán menos del inglés y serán

<sup>50</sup> Los trabajos sobre la cuestión son numerosísimos, como referencias se pueden ver las que da Granda en las págs. 146-181 de su libro.

<sup>51</sup> Cfr. el capítulo III (*Análisis de la necesidad social del inglés en Puerto Rico*) del libro de A. CEBOLLERO, ya citado.

<sup>52</sup> Informantes 1, 2, 6, 7, 8, 9, 12, 13, 17, 19, 20, 25-29, 36-43, 51-63, 65, 66, 68-73, 75, 76, 85-88, 91, 93-96, 101, 106, 107, 110, 113, 116, 120-122, 125, 127, 130-135, 137, 142, 143, 145, 147, 149, 150 = 80.

<sup>53</sup> Informantes 3-5, 11, 18, 22-24, 31-35, 44-48, 67, 77, 78, 84, 90, 92, 97, 98, 100, 103, 108, 114, 123, 128, 138-141, 146 = 37.

<sup>54</sup> Informantes 21, 30, 50, 64, 89, 105, 112, 124, 126, 136, 144 = 11.

<sup>55</sup> Informantes 10, 14-16, 49, 74, 79-83, 104, 109, 111, 115, 119, 129, 148 = 20.

<sup>56</sup> Lógicamente mis intentos son muy otros que los de la encuesta de Cebollero (*op. cit.*, págs. 95-98), aunque se puedan relacionar. Baste un ejemplo: según la investigación del educador puertorriqueño, casi un 75 % usaba el inglés de manera muy poco frecuente, lo que —a pesar de todo— significaba un conocimiento; según las encuestas de actitudes, lo saben —mejor o peor— un 78 %.

<sup>57</sup> Informantes 10, 14, 15, 16, 18, 32, 49, 50, 64, 74, 79, 80, 81, 82, 96, 109, 111, 117, 119, 129.

<sup>58</sup> Informantes 21, 30, 33, 74, 83, 89, 104, 115, 124, 144, 148.

las que tienen niveles más bajos de instrucción: once amas de casa<sup>59</sup>, cinco estudiantes<sup>60</sup> y los demás pertenecían a profesiones menos representadas. En cuanto a la edad, no parece marcar una barrera muy precisa, pues, en efecto, entre los que sólo conocen español hay 15 personas que pasan de los cuarenta años<sup>61</sup>, pero —también— otras tantas comprendidas entre los veinte y los treinta y nueve<sup>62</sup>; y lo que es más de señalar, entre ellos, estudiantes universitarios<sup>63</sup>.

Creo que resultan ilustrativos los informes allegados: el inglés es una segunda lengua que puede adquirirse tardía, o muy tardíamente, porque hay estudiantes que sin él acceden a la Universidad; gentes de todas las edades y de todas las profesiones (ingenieros, químicos, secretarias, maestras, etc.) lo ignoran y un reducto especialmente significativo de resistencia es el de las amas de casa: casi un 50 % de los puertorriqueños de nuestras encuestas que no saben inglés, pertenecen a ese grupo<sup>64</sup>. Evidentemente, la mayoría de las gentes que no se pueden expresar en esa lengua pertenecen a los niveles con menor instrucción (entre ellas estaba la única que carecía totalmente de ella), lo que vendría a confirmar aquella hermosa defensa del analfabetismo que escribió Pedro Salinas<sup>65</sup>: en los labios de gentes sin instrucción perdura el castellano más limpio de frenéticas incursiones<sup>66</sup>.

#### PREFERENCIAS LINGÜÍSTICAS

Archisabida es la pretensión norteamericana de hacer de Puerto Rico un país bilingüe<sup>67</sup>. Veremos hasta qué punto se ha conseguido,

<sup>59</sup> Informantes 10, 14, 15, 16, 50, 82, 111, 117, 119, 129, 136.

<sup>60</sup> Informantes 21, 32, 74, 124, 148.

<sup>61</sup> Informantes 10, 14-16, 50, 89, 105, 102, 104, 109, 111, 115, 117, 119, 129.

<sup>62</sup> Informantes 21, 30, 49, 64, 74, 79-83, 126, 131, 136, 144, 148.

<sup>63</sup> Las cifras finales no son idénticas a las anteriores porque algún informante ocultó su edad.

<sup>64</sup> Véanse los muy ponderados juicios de Cebollero, *op. cit.*, pág. 79.

<sup>65</sup> «Defensa del lenguaje», en *El Defensor*, Bogotá, 1948, pág. 262. Debe leerse el ensayo *Defensa, implícita, de los viejos analfabetos* (págs. 205-221).

<sup>66</sup> La historia de las cuestiones que aquí me ocupan son historiadas por JUAN JOSÉ OSUNA, *A History of Education in Puerto Rico*, Río Piedras, 1949, págs. 341-418.

<sup>67</sup> Cfr. ELADIO RODRÍGUEZ OTERO, *Prólogo* al libro de Germán de Granda, página XVII, y págs. 146-157 de la obra. Debe leerse, también, el ponderado trabajo de GLORIA ARJONA, *Para una historia de la lucha por el vernáculo: la cuestión de la lengua en 1915 y otros* (*El mundo*, 11 y 18 de septiembre de 1965). Desde una amplia perspectiva histórica y social se llega a estas cuestiones en el libro de MANUEL MALDONADO DENIS, *Puerto Rico. Una interpretación histórico-social*, México, 1969 (cap. VI, por ejemplo). En cuanto a problemas de tipo general, aunque formu-

siempre desde el fondo de las encuestas que manejo. Pero ahora quiero comentar otras preguntas de mi cuestionario: a qué motivos se vincula *inglés* como lengua; en las escuelas, qué lengua se recomienda que hablen y si determinado tipo de escuela tiene que ver con este hecho<sup>68</sup>.

Según la mayoría de los informantes, *inglés* es denominación tomada de un país de origen, Inglaterra; para otros, «viene de los anglosajones»<sup>69</sup>; algunos por ser habla de los americanos<sup>70</sup> y, para un buen número, no se podía contestar a la respuesta<sup>71</sup>. Si comparamos estos datos con los que han aparecido al hablar de *español*, no deja de ser curioso que la ecuación planteada no se haya resuelto con facilidad en este caso: *español* procede de España, y hay motivos de incoherencia, como el de que la lengua pueda ser *castellano*, mientras que es mucho más fácil resolver la pregunta ¿por qué se llama inglés? Aquí, aun no habiendo ningún molesto intermediario (como *castellano* en el caso anterior), resulta que casi un 30 % de los hablantes no sabe de dónde procede la denominación, mientras que sólo menos de un 10 % no respondió al contestar a una pregunta semejante referida a nuestra lengua. O con otras palabras, *español* es denominación arraigada, mientras que *inglés* se siente como un elemento ajeno para el que vale la pedantería mal asimilada («viene de los anglosajones») o la consideración de un mundo ajeno y no propio («porque es de Estados Unidos»).

Al enfrentarse dos lenguas, una propia; impuesta, la otra. Nos encontramos con un nuevo problema de actitud lingüística. Quienes imponen una lengua tratan de convencer de las ventajas que se adquieren con su aprendizaje y, por tanto, la conveniencia de adquirirla. De este modo —y no hablemos de otros— se va minando la conciencia colectiva, lo mismo que se hizo a través de la religión o de las leyes: es decir, cualquier quiebra del *status* anterior significa facilitar el paso hacia un nuevo tipo de alienamiento y de absorción<sup>72</sup>. La propaganda será tanto más sutil cuanto menos directa se sienta, y mejores logros podrá obtener bajo apariencia de objetividades. Los informantes recurrían, habitualmente, a sus recuerdos cuando les preguntábamos «¿en

---

lados con el pensamiento puesto en Puerto Rico, vid. SAMUEL GILI GAYA, *El hombre bilingüe* («Revista Instituto Cultura Puertorriqueña», II, 1959, págs. 1-3).

<sup>68</sup> Vid. ELADIO RODRÍGUEZ OTERO, *La reforma lingüística: una obra inconclusa en el sistema escolar de Puerto Rico* («Revista Inst. Cult. Puertorriqueña», XVIII, 1975, págs. 30-33).

<sup>69</sup> Informantes 37, 61, 71, 75, 112, 135, 148.

<sup>70</sup> Idem 14, 24, 106, 115, 117.

<sup>71</sup> Idem 1, 9, 10, 11, 15-17, 27, 31, 33, 36, 40, 49, 55, 67, 79, 80, 82, 84, 87, 91, 98, 99, 104, 111, 118, 124, 129, 136, 149.

<sup>72</sup> Un buen muestrario de motivos en *Seis veces la muerte*, de Edwin Figueroa, colección de relatos a la que ya me he referido.

la escuela les decían que fuera mejor el español o el inglés?». No se me oculta —y lo he dicho en otros lugares de este trabajo— que puede haber error en el recuerdo, vaguedad en las respuestas, voluntaria toma de posiciones, Sí, subjetivismo. Pero, en última instancia, sólo subjetivismo es lo que condicionará una actitud, tanto en el que se niega a aprender inglés como en el que acepta el señuelo de una mejora económica. Juegos que dramáticamente se individualizan o que individualmente se aceptan por fatales.

Una gran parte de los informantes no recuerdan que nunca se planteara semejante cuestión<sup>73</sup>. Pero entre ese 44,6 % de gentes que se inclinaron hacia la objetividad hubo quien recordó que se les recomendaba la conveniencia de saber más de una lengua<sup>74</sup>, las bellezas del español y los beneficios del inglés<sup>75</sup> o la utilidad de conocer inglés<sup>76</sup>. En estos brevísimos apuntes han aflorado cuestiones fundamentales: nadie negará la conveniencia de poseer otra lengua, pero esa libertad en Puerto Rico está condicionada; no se aprende *otra lengua*, sino *inglés*. Y baste una anécdota: trabajaba en la Universidad de Puerto Rico y en su biblioteca no encontraba libros alemanes. ¿Por qué? No, no los compramos porque nadie los sabe leer. Por otra parte está ese solapado elogio («las bellezas del español») en un mundo al que hacen mover con el pragmatismo americano («los beneficios del inglés»). De esto a postular el bilingüismo hay un solo paso y, en efecto, ecos de los juicios de Clark, Brunbaugh, McCune, etc.<sup>77</sup> están en las recomendaciones que recordaban algunos informantes («es bueno ser bilingüe»)<sup>78</sup>. Creo que es útil transcribir las referencias de nuestra informante 86.

<sup>73</sup> Respuestas de los informantes 1, 2, 9, 11, 17, 18, 21, 22, 24, 25, 27, 28, 30, 31, 33, 35, 37, 41, 42, 45, 48, 52, 53, 55, 57, 60, 61, 63-65, 67, 71-73, 75-78, 80, 82, 84, 87, 88, 90, 91, 97, 100, 102, 103, 105-109, 121, 127, 132, 134, 136, 138-140, 145-159 = 67.

<sup>74</sup> Informantes 63, 64, 94, 96, 112, 118, 129, 141.

<sup>75</sup> Informante 65.

<sup>76</sup> Idem 67, aunque no se manifestaran abiertamente (inf. 102, 116, 131).

<sup>77</sup> Cfr. DELGADO, *art. cit.*, pág. 179, y, sobre todo, el capítulo I del libro de PEDRO A. CEBOLLERO, *La política lingüístico-escolar de Puerto Rico*, San Juan [s. a.]. En 1936, el presidente Roosevelt dirigió al comisionado José M. Gallardo una carta que es una descarnada obligación al deshispanismo insular (DOMINGO MARRERO, «La carta de Ickes y el imperialismo pedagógico: el problema del idioma en Puerto Rico», en *Mundo Libre* [Río Piedras], I, 1943, págs. 23-25). Los problemas lingüísticos de la educación puertorriqueña se estudian en los capítulos XVII-XIX de la obra de JUAN JOSÉ OSUNA, *A History of Education in Puerto Rico* (2.ª ed.), Río Piedras, 1949.

<sup>78</sup> Los 61, 85, 116, 131, 142. La información que facilita GLADYS PAGÁN («La alfabetización en Puerto Rico», en *El Simposio de San Juan*, 1974, págs. 94-95), es inexacta: un historiador no puede interpretar anacrónicamente la historia, ni ignorar lo que es obligado saber (por ejemplo, la condición cultural de los conquistadores y colonizadores, tan rigurosamente establecida por Ángel Rosenblat).

Es una mujer de Ceiba (cuarenta años), licenciada en Administración Comercial. Un profesor les decía: «Para ser gente ['persona con prestigio social'] hay que saber inglés, saber maquina [‘escribir a máquina’] y saber guiar [‘conducir automóviles’]». Toda exégesis eludo, como diría Rubén Darío al Marqués de Bradomín.

El inglés se recomendó como lengua mejor a 26 de nuestros informantes<sup>79</sup> (un 17,3 % del conjunto). Las razones para esta preferencia eran utilitarias<sup>80</sup>, pero a ello he de volver; lo que sí quiero señalar es que la preferencia del inglés se manifestó en las escuelas públicas, posiblemente como reflejo de una política dirigida, y en las de religiosas católicas<sup>81</sup>, consecuencia de unas preferencias sentidas por las clases más acomodadas.

En cuanto al español, fue lengua preferida por los maestros de 36 de nuestros informantes, aunque tal vez las cosas no estuvieran demasiado claras, al menos en el recuerdo de ciertos sujetos<sup>82</sup>, o, bajo ciertas apariencias, quisieran manipularlas (se prefería «el español, pero que era bueno hablar inglés también», inf. 81 y otros).

Los resultados de la encuesta son precisos: 58,7 % de los informantes estudió en centros que enseñaban español, pero en los cuales no se hacía política lingüística; un 17,3 % en centros con preferencia hacia el inglés, y otro 24 %, en centros con preferencia española. No hemos de cegarnos por las cifras: la unidad lingüística puede estar amenazada (veremos si con nuestros informes se puede observar en qué medida) y está amenazada por unos factores que son operativos: pragmatismo, clase social, política dirigida, y, sobre todo, conveniencia de saber una segunda lengua que, lógicamente, sólo es el inglés. Después, viene el bilingüismo y más tarde el desplazamiento. Pero vamos a escuchar a nuestros propios informantes.

<sup>79</sup> Los 13, 16, 19, 29, 36, 38, 40, 43, 46, 47, 54, 56, 58, 59, 65, 86, 92, 93, 101, 113, 122, 125, 126, 130, 133, 137 = 26.

<sup>80</sup> Informantes 13, 26, 29, 30, 59, 113. Frente a este utilitarismo están las razones —y bien convincentes— de Cebollero sobre la incapacidad del inglés para resolver muchos de los problemas que se plantean o hay planteados (*op. cit.*, pág. 79).

<sup>81</sup> Informantes 38, 54, 66, 92, 93, 125, 137, 149, y en otros centros privados que no puedo identificar 11, 46, 97, 101, 122. Vid. NILITA VIENTÓS, *Otra vez el bilingüismo* («Rev. Inst. Cult. Puertorriqueño», V, 1962, págs. 4-10), donde se muestra el triste espectáculo de algunas escuelas católicas.

<sup>82</sup> «En mis años se atendía más al español, pero se enseñaba más inglés» (inf. 4, de Moca, setenta años).

## CONCIENCIA DE LOS HABLANTES

Ese conjunto de 150 hablantes manifestó muy claramente sus preferencias idiomáticas: hemos visto que todos, sin excepción, reconocieron como propia su lengua española (pág. 3). Ahora, al plantearles su preferencia por el *español* o por el *inglés* volvieron a reafirmarse con una serie de razones.

Numéricamente, significaron muy poco las personas que prefieren inglés. Sólo cinco informantes (un 3,3 %) se inclinaron hacia ese platillo de la balanza con razones puramente caprichosas<sup>83</sup>, con tópicos lingüísticos, falsos desde la propia lingüística<sup>84</sup>, o con motivos utilitarios de dudosa comprobación y, por supuesto, directamente desconocidos<sup>85</sup>. Pienso que esto significa muy poco; la propia endeblez de los argumentos no merece la pena que la refutemos. No basta la información que dan unos materiales y que, objetivamente, transmito; después podremos comentar con más amplitud cuando tengamos la visión total de los hechos. Sí quiero señalar que si 26 informantes dijeron que el inglés, en sus escuelas, era considerado como lengua mejor, poco resultado tuvieron las enseñanzas en el momento en que hubo que descender a la realidad: porque sólo dos (47 y 59) se mantuvieron firmes en el adoctrinamiento, bien es verdad que los otros tres fueron ganados de un campo muy poco neutral, según los informes que ellos mismos han facilitado<sup>86</sup>.

Sí, ha arraigado la conveniencia de conocer las dos lenguas, que no es lo mismo que ser bilingües. En defensa de esta postura, hay razones que no merecen mayor consideración, pues no sé la necesidad de un ama de casa de Yaúco por «conocer los productos extranjeros» (inf. 136). Pero hay, otras, poco difundidas, pero con evidente validez: por «ser

<sup>83</sup> «Me gusta más» (inf. 47).

<sup>84</sup> Un hablante de español dice que el inglés «es más fácil» (inf. 82), otros porque «con menos palabras se dice más» (inf. 4, 59 y 73), «es menos complicado en cuanto a los verbos» (inf. 59).

<sup>85</sup> «Se habla en más sitios; la mayoría de las cosas que están traducidas se traducen al inglés; en el extranjero es mucho más fácil encontrar personas que hablen inglés» (inf. 65, estudiante femenino de Río Piedras, veintidós años). Al defender la vitalidad del español, le vibró la cuerda patriótica (vid. pág. 28).

<sup>86</sup> El supervisor en el Correo (San Juan, cincuenta y un años, enseñanza secundaria, inf. 59) tenía unas ideas claras: «Había que aprender inglés porque era la lengua que hablaban en casi todo el mundo, en los negocios; [porque] hay cosas que se dicen mejor en inglés, va más al grano». El pobre se lamentaba de que en Puerto Rico, «¡tenemos tanta gente que no saben inglés y lo único que pueden hablar es español!».

colonia de Estados Unidos» y poseer inglés es la manera de no quedar «rezagado» (inf. 32), porque se pueden entender con los norteamericanos de la Isla (inf. 83, 105, 108), para tener una comunicación más amplia (inf. 4, 116, 132, 134, 144), para poder vivir en otro país (inf. 5) o porque, quizás, en el futuro se hable más inglés (inf. 30). Evidentemente, casi todos estos datos no quieren decir sino una cosa: imposición económica y cultural de Estados Unidos. Algo que se ve como razonable y aun necesario desde la perspectiva de gentes que se sienten aisladas y sometidas a una intensísima presión. Pero si estos informes tuvieron su mucho de esporádicos, hubo otros que, con o sin razones, abogaron por la necesidad de manejarse en ambas lenguas<sup>87</sup>, porque una —el español— sirve para la vida afectiva, mientras que otra —el inglés— es preferible para la profesional<sup>88</sup> o para obtener un buen puesto de trabajo<sup>89</sup>. Treinta y cuatro de los informantes (un 22,6 % del total) preferían poseer las dos lenguas, aunque en realidad ellos no las tuvieran: creo que la fisura contra el español se ha producido en este punto, no en los que creían preferible hablar inglés: el camino de la erosión se nos hace patente: primero se recomienda, objetivamente, la conveniencia de saber dos lenguas (hecho incontrovertible), pero la segunda tiene que ser el inglés (acto impositivo por cuanto no se permite otra opción), en un tercer paso se aboga por el bilingüismo (situación paritaria que atenta contra el español) y, por último, la lengua tradicional es sustituida por la intrusa en razón de ventajas laborales. Nuestros informantes nos han facilitado datos sobre todos estos procesos y los resultados ya se perciben: un 22,6 % de los puertorriqueños preguntados creen en la conveniencia de saber las dos lenguas y, en la conciencia idiomática de otro 3,3 %, el inglés ha reemplazado al español. Éste es el camino de la crisis: fracasado el ataque frontal de los años 1899 y siguiente<sup>90</sup>, ahora se produce un lento, pero continuado, desgaste. Su resultado no se puede prever a un plazo fijo, ni siquiera se puede augurar cuál será el fin, pues su resultado dependerá también de cómo sepan defenderse los partidarios del español.

---

<sup>87</sup> Informantes 1, 4, 21, 25, 30, 32, 44, 55, 57, 67, 70, 71, 75, 76, 82, 83, 87, 88, 91, 118, 133, 135.

<sup>88</sup> Informantes 54 55.

<sup>89</sup> *Id.*, 67.

<sup>90</sup> El general Victor S. Clark creía que en Puerto Rico se hablaba un *patois* casi ininteligible para los españoles; por eso pensó tarea fácil desarraigar el español para introducir el inglés, vid. GLADYS PAGÁN DE SOTO, *La alfabetización en Puerto Rico* («El Simposio de San Juan», 1974, pág. 88). En este punto es imprescindible consulta el libro de AIDA NEGRÓN DE MONTILLA, *La americanización en Puerto Rico y el sistema de instrucción pública, 1900/1930*, Universidad de Puerto Rico, 1977.

Quienes prefieren la lengua patrimonial la ven como algo inalienablemente propio, y así una mayoría aplastante de partidarios la defendían por ser la suya propia, la lengua de su país<sup>91</sup> o, afianzando su personalidad nacional, «por ser puertorriqueña»<sup>92</sup>. De manera coherente con todo ello, otros hablantes decían preferirla por ser la lengua que entienden<sup>93</sup>, la que poseen con fluencia (inf. 90), la que sirve para expresarse y defenderse mejor (inf. 95), la que consideran más fácil<sup>94</sup> o la que usan más (inf. 43). Después, enhilando con esta sarta de coherencias, nos dirían que es la lengua con que disfrutan más (inf. 69), la más bella<sup>95</sup>, la que presenta mayores ventajas lingüísticas<sup>96</sup>... Las cosas están claras, quienes prefieren el español lo hacen por ser su propia lengua y expresión de afianzamiento de personalidad; a esos hablantes —es natural— les sirve de vehículo expresivo por las razones que quedan expuestas. Las otras sirven para todos: son las mismas que defendieron los partidarios del inglés y que defenderían los del coreano o del bantú. Porque comparar dos lenguas distintas es tanto como establecer una dialéctica en la que cada contendiente se encastilla en su propia torre, sin esperanza de establecer contacto con el adversario. En nuestro caso se han manejado los tópicos al uso, que acaban no diciendo nada, pero satisfacen a cada argumentista. Hay que buscar razones en las que el subjetivismo se comprometa con unos argumentos mejores que el de «porque sí», y entonces veríamos cómo hay unos principios noblemente nacionales que cobran coherencia en muchos de estos espíritus hasta convertirse en bandera política. Una doctora en Medicina, cuando se le preguntó «¿qué es preferible hablar, inglés o español?». Respondió —ella que era partidaria de los dos idiomas—: «Con esta pregunta hay que tener cuidado [...] la realidad política de nuestro pueblo puede manifestarse en la contestación; yo soy apolítica» (inf. 71). Y éste es el quid, la preferencia supone —muchas veces— estadidad o independencia, y tras la lengua va el porvenir todo de un pueblo<sup>97</sup>. De ahí

<sup>91</sup> Informantes 3, 6-10, 18, 20, 24, 27, 31, 33, 34, 36, 38-42, 45, 46, 48-50, 53, 58, 60-64, 66, 67, 72, 76, 77, 79, 81, 85, 86, 88, 93-95, 97-99, 103, 104, 106-108, 110, 113-115, 117, 120-122, 126, 128, 129, 137, 140-144, 146-149. Y aun habría que añadir quienes dijeron que por ser «el vernáculo» (inf. 2, 12, 29, 35, 37, 125, 130), «autóctono» (id. 19).

<sup>92</sup> Id. 6, 8, 22, 26, 58, 96.

<sup>93</sup> Id. 15-17, 76, 92, 100, 109, 124.

<sup>94</sup> Id. 14, 28, 34, 50, 51, 55, 56, 74, 80, 139.

<sup>95</sup> Y aun añadiría «tiene más vocabulario, más variedad, es más rica» (inf. 89).

<sup>96</sup> «Es mucho más rico en el léxico, mejor expresión» (inf. 112), «es más rica en matices, vocabulario, sabor» (inf. 123), o alguna vagarosa: «tiene calidades de descripción más amplias» (inf. 33). Otro informante, el 148, estimaba, sin razones, que «es mejor que el inglés».

<sup>97</sup> Una catedrática (cuarenta y seis años, inf. 141): «Los políticos que abogan por la estadidad defienden —hipócrita o sinceramente— el español».

que hubiera respuestas polémicas (preferimos el español «porque no soy americana» inf. 111, o porque «somos latinos» inf. 127)<sup>98</sup> o de contestaciones matizadas con las más nobles experiencias: en ella está mi forma de ver el mundo (inf. 3, 88), es la forma de expresarme (inf. 68), reflejo del alma de nuestro pueblo<sup>99</sup>; es la lengua de nuestra cultura (inf. 13, 131, 141)<sup>100</sup> y de nuestros sentimientos<sup>101</sup>; «es la forma de conservar la identidad» (inf. 142). Dramático rosario de motivos que nos lleva a otros siglos y a otras latitudes: en 1790, Henri-Baptiste Grégoire elaboró un proyecto para destruir los dialectos; en un libro lleno de interés, no hace mucho, Certeau, Julia y Revel estudiaron el contenido de las respuestas obtenidas por la Revolución<sup>102</sup>; al leer las mías, pienso en un desconocido corresponsal del Languedoc que, ante la amenaza de perder su lenguas decía «il faut détruire le soleil, le fraîcheur des nuits, le genre d'aliments, la qualité des eaux, l'homme tout entier»<sup>103</sup>.

La batalla ha comenzado. El puertorriqueño se contempla, contempla el mundo que le asedia, las razones contra las que —tal vez— no conoce nuevas armas que los demás esgrimen. Y entonces entona la más íntima de las confesiones: «nosotros, por más inglés que se traiga, siempre sentiremos en español» (inf. 4), «pero no puedo negar que el español sigue siendo mi lengua» (inf. 61). De una u otra forma eso es lo que han dicho 98 de los 150 informantes, frente a ese 3,3 % de réprobos o ese 31,4 % de tibios. Si es que, éstos, en el fondo no pensaban lo mismo que los primeros.

#### VENTAJAS DEL INGLÉS

En una sociedad pragmática o, si se quiere, consumista, el modelo norteamericano —único, por lo demás, conocido— sólo él se considera con validez. Por tanto, el inglés será visto como la lengua con la que

<sup>98</sup> «Porque las raíces culturales nuestras son españolas; no norteamericanas» (inf. 145).

<sup>99</sup> «Me gusta más la flexibilidad que tiene el español en su sintaxis, que refleja el carácter de nuestro pueblo» (inf. 101).

<sup>100</sup> Lo que llevó a absurdas afirmaciones: «el español es bueno [mejor que el inglés] para la poesía» (inf. 130).

<sup>101</sup> «Lo que siento profundamente, lo digo en español» (inf. 4), «prefiero el español para expresar mis sentimientos y emociones. Me gusta pelear en español y del amor, ni hablar» (inf. 71), «Mis sentimientos están basados en un idioma que aprendí en la cuna» (inf. 102), «el español es la mejor lengua para el amor» (inf. 126).

<sup>102</sup> *Une politique de la langue* (1975), ya citada.

<sup>103</sup> Apud SEVER POP, *La dialectologie*, Gembloux [1951], t. I, pág. 9.

obtener medios materiales, lo que afecta —lógicamente— a una estimación negativa, o, cuando menos, no positiva del español. Para muchos, muchísimos, de estos hablantes su lengua patrimonial es capaz de expresar tanto cuanto se quiere, pero también muchos de ellos cuartejan la seguridad, bien que sin demasiadas razones<sup>104</sup> o bien con unos cuantos lugares comunes. Los primeros enumeraron nueve palabras que les parecían no tener correspondencia válida en español; aunque ninguna de ellas resulte insustituible<sup>105</sup> y, sin ellas, no creo que se hundiera ninguna lengua. Para otros, la tecnología<sup>106</sup>, el comercio<sup>107</sup>, las técnicas profesionales<sup>108</sup> se expresan mejor en inglés. Y hasta la «música en inglés es más expresiva» (inf. 124), si es que con ello se quiso decir lo que se dijo<sup>109</sup>. Igual que hemos visto anteriormente (pág. 18), el español ha dejado de considerarse como una estructura monolítica: 55 hablantes (un 36,6 % del total) hacen concesiones y en muchos casos sin menor asomo de razones (lo que demuestra convicción) y en otros con otro tipo de seguridades, pues, si bien es cierto que esa ventaja puede existir, no se piensa que en Puerto Rico toda la técnica es norteamericana y mal se pueden asomar a otro vocabulario que el que les impone esa «situación colonial» de la que habla algún informante (vid. pág. 19)<sup>110</sup>. Por otra parte, el trabajo rentable, sólo se consigue hablando inglés, y a unas razones más o menos hipotéticas, se une ésta bien concreta y experimentada<sup>111</sup>.

Contra estas ventajas, reales o pretendidas, del inglés, los tradicionalistas dicen —también sin razones— que hay cosas que se dicen mejor en español —probablemente porque las ignoran en inglés<sup>112</sup>—, con lo que las faltas de razones asisten a unos y otros partidarios,

<sup>104</sup> Informantes 2, 4, 9, 23, 24, 28, 32, 37, 38, 39, 45, 50, 56, 64, 65, 75, 76, 82, 88, 90, 93, 94, 97, 99, 106, 107, 109, 113, 114, 131, 133, 134, 137.

<sup>105</sup> Fueron *zipper* (inf. 32), *sandwich*, *parking* (38), *sexy* (39), *cloth*, *poster* (97), *laundry*, *closet* (109), *OK* (103).

<sup>106</sup> Informantes 12, 17, 19, 20, 25, 30, 41, 54, 55, 57, 67, 68, 71, 73, 86, 102, 141. «La mayoría de los libros técnicos que llegan son en inglés» (inf. 41).

<sup>107</sup> *Id.* 13, 27, 85, 86.

<sup>108</sup> Inf. 29. Para un médico de Salinas (veintinueve años), «el castellano es más rico en cuanto a posibilidades de expresión, pero el inglés, al ser menos preciso puede transmitir mejor unidades de informática».

<sup>109</sup> El inf. 146 consideraba que «el inglés es más internacional; se usa en más países que el español» (profesora y secretaria bilingüe, veintiséis años).

<sup>110</sup> Y aceptada por autores de muy diversas tendencias.

<sup>111</sup> Informantes 11, 26, 43, 115, 130, 132. El último nos dijo: «cualquier trabajo está dominado por el idioma inglés; las solicitudes de empleo son en inglés; los ejecutivos, algunos son americanos».

<sup>112</sup> Informantes 14, 15, 28, 48, 51, 56, 57, 66, 67, 75, 76, 78-80, 82, 88-90, 93, 94, 99, 101, 107, 119, 121, 123, 133, 134, 139, 148.

aunque el inglés, con ese nimbo de prestigio con que lo mira mucha gente, ha roto la seguridad total que debieran tener en su propia lengua los hablantes de español. Muchos de esos informantes no poseen, o poseen mal, el inglés, pero a su intimidad ha llegado la certeza de algún tipo de excelencias. Y el español va quedando como lengua para andar por casa, lo que nos sitúa ante otro problema: el español, ¿mantiene todas sus posiciones o no?

Es verdad que para muchas de estas gentes hay préstamos léxicos y a través de ellos ven un cielo de negros nubarrones. No creo que las cosas se puedan plantear así. La totalidad de los hablantes consideran el español como su lengua propia, pero otro 15,3 % lo cree insuficiente para algunos aspectos (también ahora léxicos), aunque no renuncie a él. He aquí la gravedad de la cuestión: entre gentes que no renuncian a su lengua hay preferencias por ciertos caracteres de otra. La aquiescencia se ha conseguido, aparentemente, sin retorcer voluntades (salvo en el caso de los puestos de trabajo), con el solo arraigo de una superioridad técnica o comercial. Pero tras ella van otras cosas y, sobre todo, la convicción de creer que no hay otra técnica ni otro comercio que aquellos que pueden expresarse en inglés. Como en el caso de la segunda lengua, la elección no es libre: quiere decirse una realidad unívoca. Y esa realidad unívoca se ha marcado a fuego, ¿cómo desarraigarla, si tras ella están las comparaciones —falaces— con Santo Domingo o, si no se acepta la estadidad, el establecimiento de las cartillas de racionamiento?<sup>113</sup>.

#### ¿SE PIERDE EL ESPAÑOL?

Lógicamente, de todo lo anterior se deriva una obligada hipótesis: algunas gentes —pocas— prefieren el inglés, otras lo necesitan porque se les impone, otras lo creen conveniente, las más piensan que cubre campos a los que el español no alcanza, luego, ¿la lengua patrimonial está amenazada? O dramatizando la pregunta: ¿se pierde el español?

Un informante dijo que sí, y razonó su respuesta<sup>114</sup>; sus motivos pueden servirnos de punto de partida. Para él, una serie de razones atentan contra nuestra lengua; son las que transcribo, sin modificar el ordenamiento que él nos hizo:

<sup>113</sup> Eran argumentos que se exponían en la campaña electoral de agosto de 1979: el burdo montaje en televisión se hacía exhibiendo unas libretas cubanas.

<sup>114</sup> Cfr. el trabajo, bastante impresionista, de EMILIO DELGADO, *El destino de la lengua española en Puerto Rico*, Nueva York, 1941.

1. Influencia política.
2. El retorno de los puertorriqueños desde Estados Unidos a la Isla, tras haber vivido un ambiente norteamericano.
3. Servicio militar.
4. Escuelas privadas.
5. Bilingüismo exigido como «requisito de trabajo».
6. Aprendizaje de técnicas en Estados Unidos.
7. Influencia de la cultura de Norteamérica.

Este hombre <sup>115</sup> que vio tantas cosas, y con tanta claridad, nos decía: «un profesional que no sepa inglés es medio profesional».

Partamos de la hipótesis de trabajo que se formula en los siete puntos anteriores y añadamos los nuevos perfiles que se vayan apuntando con las otras respuestas. Un hablante utilizó el sintagma de «situación colonial» (inf. 22), otro de «la conciencia de colonizados, que piensan que es mejor todo lo que viene de allí» (inf. 19), otro dejaba entrever un complejo de inferioridad (inf. 136). Estos motivos precipitarían «si pasáramos a ser un estado de Estados Unidos» <sup>116</sup>.

Las ideas expresadas en el apartado 2 fueron compartidas por otros informantes: muchos puertorriqueños van a Estados Unidos (inf. 130) y vuelven con su lengua deformada (inf. 122). Es la historia dramática que tanto cuenta en la literatura y es un factor que no debe olvidarse cada vez que intentemos valorar justamente el bilingüismo (pág. 17).

El servicio militar no lo han aducido ninguno de nuestros informantes por más que sea factor importante y desintegrador de la identidad nacional.

En la página 17 hemos hablado ya de escuelas religiosas en las que el inglés goza de situación de privilegio. Nuestro informante parece separar la enseñanza pública, como bastión de defensa del español, frente a la privada, donde se busca la futura promoción del alumnado.

El bilingüismo del que he hablado anteriormente es un elemento decisivo: hemos podido señalar los pasos de su génesis (pág. 16) y ahora volvemos con nuevos informes. Pero los problemas de bilingüismo exigen unos contactos que acaban con la interferencia de lenguas. En Puerto Rico todo está simplificado: el inglés cuenta con el prestigio de ser la lengua de la nación conquistadora, con el que da el inmenso

<sup>115</sup> Fue el informante 65.

<sup>116</sup> Palabras textuales de un informante, que se repiten, *mutatis mutandis*, en otros (17, 56, 77, 137), y que son el caballo de batalla en torno al que se combate, y al que ya nos hemos referido: la preferencia por el inglés, significa estadidad. Vid. ELADIO RODRÍGUEZ OTERO, en su *Prólogo* al libro de Germán de Granda, páginas XVI-XVII. Reece B. Bothwell, en un libro no carente de apreciaciones dudosas, da una información de estas cuestiones (*Trasfondo constitucional de Puerto Rico. Primera parte (1887-1914)*, Universidad de Puerto Rico, 1971).

poderío de Estados Unidos, con la capacidad económica. Frente a ello, el puertorriqueño ofrece su arraigo, y aun esto puede ser factor negativo: porque militares, administradores, técnicos, industriales, etc., de Estados Unidos cumplen con la misión de cualquier organización colonial: residen un tiempo y, luego, marchan; poco es lo que han adquirido de una tierra a la que han impuesto todo (leyes, organización, dependencia, imagen prestigiosa), pero, cada oleada de nuevos administradores, trae idénticas concepciones que la anterior, y, por supuesto, sus mismos hábitos lingüísticos que inciden sobre los mismos hechos, como la gota que labra la oquedad. Respuestas heterogéneas no son sino aspectos de un mismo hecho, llámese *mezcla cultural*<sup>117</sup>, *interferencia del inglés*<sup>118</sup>, que da lugar a multitud de *préstamos léxicos*<sup>119</sup>, *presión norteamericana en todas las formas de vida*<sup>120</sup>, porque se habla «*indospanglish*»<sup>121</sup>. Todo aboca a una situación de bilingüismo, de la que recibimos valiosos informes; para unos bilingüismo significa no saber bien ninguna lengua<sup>122</sup>, para otros incorrección idiomática<sup>123</sup>. Matices de una misma situación, que parece llamada a abocar a resultados conflictivos: el bilingüismo no es ninguna solución razonable. Con ella una de las dos lenguas, fatalmente, se empobrecerá y se reducirá a unos términos de afectividad empobrecida. Así podrá subsistir, o ni siquiera tanto. Por el bilingüismo no postulan los patriotas, sino la potencia colonial, lo que no deja tener su valor —también— para la lingüística<sup>124</sup>.

He aquí unos considerandos que se refuerzan o consolidan con otros de *prestigio*<sup>125</sup>, que generan el gusto por las cosas nuevas<sup>126</sup>; con otros *académicos*<sup>127</sup> y de *cultura de masas*<sup>128</sup>; con otros negativos sobre el

<sup>117</sup> Informantes 5, 35, 118.

<sup>118</sup> Idem 101. Cfr. WALT WOLFRAM, *Sociolinguistic Aspects of Assimilation: Puerto Rican English in New York City*, Arlington, Virginia, 1974. Donde hay inexactitudes con respecto al español; el libro mereció un extenso comentario de JOHN J. ATTINASI, *Varieties of English / Spanish Language Contact in New York* («The Bilingual Review. La Revista Bilingüe» [Nueva York], II, 1975, págs. 296-311).

<sup>119</sup> Informantes 7, 43, 45, 60, 66, 97, 127.

<sup>120</sup> Informantes 19, 31, 35, 39, 41, 42, 51, 54, 62, 67, 72, 75, 81, 93, 122, 131-133.

<sup>121</sup> Idem 7.

<sup>122</sup> Idem 36 (estudiante de veintidós años; Santurce), 96 (ama de casa, cuarenta y cinco años; Cabo Rojo).

<sup>123</sup> Idem 63 (director de oficina, cincuenta y siete años; San Juan).

<sup>124</sup> Cfr. ELADIO RODRÍGUEZ OTERO, *Prólogo* ya citado, págs. XVII-XX.

<sup>125</sup> El informante 38 habló de la «importancia del inglés en el mundo».

<sup>126</sup> El «modernismo» de que habló el inf. 2. Una secretaria de Río Piedras (veinte años) decía sensatamente: «Hay mucha pedantería. Todos los rótulos son inglés. Ahora todo es inglés». Otro informante (el 150) hablaría del «snobismo».

<sup>127</sup> «Los libros de texto en la Universidad están en inglés» (inf. 87).

<sup>128</sup> Informante 97.

conocimiento de la propia lengua (descuido en el aprendizaje<sup>129</sup>, mala enseñanza del español<sup>130</sup>, indiferencia de los puertorriqueños<sup>131</sup>); con otros positivos para el inglés<sup>132</sup>.

Bien es verdad que los hubo optimistas y creyeron que era el inglés la lengua perdedora<sup>133</sup>, y los hubo pesimistas metafísicos que pensaban que se perdían las dos lenguas por el descuido en que se las tenía (inf. 94).

Cuarenta y tres de los 150 informantes (un 28,6 %) creían que el español se perdía. Algunos, que se perdía mucho. Si nos atenemos a la frialdad de los datos transcritos, tal vez pudiéramos pensar en unos resultados aterradores; algo así como un próximo *finis hispanae linguae* en Puerto Rico. Pero quisiera ser más optimista: los informantes creían en la verdad de lo que decían; más aún, pienso que es cierto lo que decían. Pero su verdad no es la que nosotros podemos exigir: ¿en qué se basaban?, ¿cuál era el motivo de su desencanto? Sencillamente, una presión real y cierta sobre toda suerte de gentes y sobre la vida toda; muchos anglicismos que, en ocasiones, desfiguran la fisonomía del léxico. Pero pienso que todo esto tiene su parte cierta y su parte anecdótica (que no quiere decir falsa) y hemos convertido en categoría muchos motivos ocasionales<sup>134</sup>. Creo que la verdad es muy simple y fácil de comprobar: ¿cuál es la lengua de los puertorriqueños? ¿Su fonética se ha modificado? ¿Ha dejado de ser hispánica su morfosintaxis? Para todo esto hemos ido encontrando respuestas o las vamos a encontrar. Pero abramos un portillo a la esperanza.

<sup>129</sup> Idem 43, 149. De las deficiencias del sistema educacional se hizo cargo ANGEL G. QUINTERO ALFARO en el libro *Educación y cambio social en Puerto Rico. Una época crítica* (2.<sup>a</sup> ed.), Universidad de Puerto Rico, 1974, cap. I.

<sup>130</sup> Idem 1, 33, 85, 94, 118. Cfr. J. A. GONZÁLEZ-GONZÁLEZ, *Defendiendo nuestra lengua. Carta del Departamento de Humanidades* [al Colegio de Agricultura y Artes Liberales de Mayagüez, 4.II.1958], en *Prensa de P. R.*, 1959, núm. 12.

<sup>131</sup> «Los estudiantes no están yendo a la escuela; [tienen] la brutalidad y la vagancia de estudiar» (inf. 49).

<sup>132</sup> «Lo enseñan más que el español» (informantes 115, 122), «se le está dando la importancia que debe tener el inglés; está pasando lo que creo que debe pasar» (inf. 30).

<sup>133</sup> Porque su enseñanza «en la escuela es muy pobre» (inf. 2), «se enseña peor que antes» (11).

<sup>134</sup> Aparte de todo lo que he dicho, pienso en un informante, que hilaba muy fino; se trata de un mecánico de equipo industrial, con «grado asociado» (veinticuatro años) y estudios en una Academia Adventista. Para él, el español no se pierde «en su totalidad; en escala de 1-10, un 3%» y respondió de manera muy escueta a las causas de tal pérdida: «industria, adelanto técnico y anyway [sic] inglés es idioma internacional» (inf. 73).

## DEFENSA DEL ESPAÑOL

Hay unas razones que ayudan a sostener el español, aunque sean por su carácter pasivo: son muchos los que lo hablan (inf. 59) y pocos los que saben inglés (inf. 84), porque sigue siendo la lengua de comunicación diaria (inf. 18) y es «nuestro idioma»<sup>135</sup>. Motivos todos éstos que por sí mismos no son una activa defensa, pero que si fueran universalmente válidos qué duda cabe que se convertirían en un reducto inexpugnable. Pero hay que pensar —y lo hemos visto— que otras gentes gustan de las novedades, por necesidad o por xenofilia. Y el español debe enfrentarse en situaciones mucho menos paradisíacas que la de poseer lo propio sin competencias; como en la fábula, hay zorras que codician las uvas, y el guardián debe salir del chozo para espantarlas. Entonces, informantes con sensibilidad para diversos problemas pensarían en razones patrióticas, lingüísticas, didácticas o políticas. He aquí un amplio abanico al que podemos referir otros motivos secundarios, como vamos a ver.

Las razones patrióticas revisten caracteres muy variados<sup>136</sup>; unas veces son de legítimo amor a la tierra propia; otras, de amparo en comunidades muy amplias, unidas por mil rasgos que la historia ha ido anudando; otras, de puro chauvinismo. Una maestra de Corozal se confesaba: «nuestra lengua mientras hayan quienes piensen y sientan como yo, no se perderá nunca» (inf. 13), o un músico de Yauco: «siempre hablaremos español, a pesar de la influencia que venga» (inf. 124)<sup>137</sup>. El patriotismo se sustenta en teorías de fidelidades, por eso son emocionantes los textos que he transcrito, o los que copio ahora: «si en ochenta años de colonia no se ha perdido, [el español] ya no se pierde» (inf. 121), «porque llevamos ochenta años de dominación americana y no se ha perdido» (inf. 20), etc. Fidelidades éstas que responden a una creencia en la que se mezclan deseos y testimonios, pero que en su valor intrínseco, encuentran ayuda en la fe («nuestra juventud no va

<sup>135</sup> Informantes 25, 27, 28, 32, 59, 79, 80, 92, 107, 108, 116, 146 (con otros matices), 147, 148. Recomiendo la lectura de un trabajo que vale para éste y otros muchos aspectos de los que aquí trato: MARGOT ARCE DE VÁZQUEZ, *El español en Puerto Rico* («Revista de Estudios Hispánicos», I, 1971, págs. 127-133).

<sup>136</sup> Algún escritor puertorriqueño ha culpado a «la falta de patriotismo» el «descenso de la cultura hispana en el país», amén de otras diversas causas (EMILIO DELGADO, «El destino de la lengua española en Puerto Rico», en *Rev. Guatemala*, I, 1946, pág. 178). Contra esto habla el fracaso de la enseñanza en inglés, reconocido por el Comisario Miller en 1916 (Cebollero, pág. 109).

<sup>137</sup> Más o menos dijeron lo mismo los informantes 48 y 145. Con casi idénticas palabras acaba ERNESTO JUAN FONFRÍAS su apasionada *Razón del idioma español en Puerto Rico*, San Juan, 1966.

a permitir que se pierda [el español]», inf. 32) y amparo en los hechos cumplidos («nosotros hemos creado una literatura en español y, a través de esta creación, se mantiene el idioma», inf. 65)<sup>138</sup>. Estas respuestas eran de gentes muy heterogéneas: una maestra (cuarenta y cuatro años), un oficinista (veinticuatro años), un bibliotecario con licenciatura, un médico, un obrero (cuarenta años), un estudiante (veintidós años). Creo que como testimonio pueden reflejar un estado de cierta conciencia insular, la que ha cobrado —o no ha perdido— el propio sentido de su pueblo. Ciertamente que no todos los puertorriqueños la poseen en igual grado, ¿pero es imposible adquirirla? Un alumno de Río Piedras me decía: «Un novelista o un poeta puertorriqueño escribe para tres millones de personas». La respuesta era fácil: García Márquez no escribe para los lectores de Barranquilla, sino para un tornavoz de más de trescientos millones de hablantes. Por eso tenía otra parte de razón el ama de casa de Arecibo que razonaba su esperanza en la multitud de pueblos hispánicos (inf. 10)<sup>139</sup>. Ciertamente que por estos caminos se podía llegar —y se llegó— a justificaciones chauvinistas que de nada sirven, como aquel profesor, con doctorado y todo, para quien «nuestros anglicismos hasta lo enriquecen [al español]» (inf. 12)<sup>140</sup>. No creo que las cosas se puedan aceptar, así, a bulto: *tunar tamboras*, *rentar tuxedos* o *turnar en el biuti parlor* no son —en ninguna parte— un pedigrée de limpia ejecutoria<sup>141</sup>.

Otro grupo nada desdeñable ponía su confianza en la vitalidad de la propia lengua. Los anglicismos son —sí— un mal<sup>142</sup>, pero los prés-

<sup>138</sup> Conviene no ofuscarse: el informante 150, pensaba que el español es lengua «para la poesía». Algo de menos valer en el pragmatismo de un médico que piensa que el inglés «puede transmitir más B. I. T.'s» ['unidades de informática'].

<sup>139</sup> Más o menos es lo que pensaba un estudiante de medicina de Cayey (inf. 148).

<sup>140</sup> Y así creyeron, también los informantes 71, 102, 135, 144. Del 135 son las palabras que siguen: «el puertorriqueño lo que ha hecho es enriquecer el español y su mentalidad. Hay nuevas expresiones de nuevos conceptos» (doctor con dos licenciaturas, en salud y economía, cincuenta y un años; Yabucoa).

<sup>141</sup> Un informante (el 8) llegó a negar que hicieran «uso de anglicismos para expresarse». A pesar de su carácter tantas veces anecdótico, valen para esta ocasión los muchos ejemplos que aduce RAFAEL GONZÁLEZ TIRADO, *Confrontación del inglés y el español en Puerto Rico*, Santo Domingo (República Dominicana), 1973. Del mismo año es el libro de PAULINO PÉREZ SALA, *Interferencia del inglés en el español hablado en Puerto Rico* (Hato Rey, 1973). Pueden tenerse en cuenta otros trabajos: WASHINGTON LLORÉNS, *Antología del barbarismo en Puerto Rico* («Alma Latina», San Juan de Puerto Rico, 11.IX.1954); «Prensa», San Juan de Puerto Rico, 1955, núm. 1; *Lengua y barbarie* («Isla», San Juan de Puerto Rico, nov. 1970), ISABEL HUYRE FREIRÍA, *Anglicismos en el vocabulario culto de San Juan: Cuatro campos léxicos* («Anuario de Letras», XII, 1974, págs. 117-139).

<sup>142</sup> Informantes 57, 70, 71, 89, 90, 125, 126.

tamos léxicos no son fatales (inf. 89, 144), pues se adaptan a la fonética y morfología del español (inf. 115), con lo que —es deducción nuestra— desaparece su carácter intruso; tal vez eso quisieran decir también quienes pensaban en la transformación de la lengua, no en su pérdida<sup>143</sup>: transformación, modificación. Las razones lingüísticas eran válidas: «el ordenamiento de las palabras en la expresión es de carácter español» (inf. 29), «las estructuras sintácticas del español están más o menos iguales a las normas del español general; no cabe duda de que existe influencia del inglés, pero no tan grave como generalmente se cree» (inf. 61). Vamos aclarando muchas cosas y creo que también se ilustra lo que hemos visto en el capítulo anterior: los temores están en aquello que es más fácilmente visible —en el léxico— y el léxico pasa a ser una categoría de base, cuando es la menos significativa: los fundamentos de una lengua están en su morfosintaxis, o en su fonética; el vocabulario es más cambiante y menos definidor, ahí están el rumano, el albanés o el vasco. Y no hemos de caer en los más negros pesimismo: el vocabulario aliolígena del español de Puerto Rico no es ningún motivo de confianza, sólo hace ochenta años que la isla fue desgajada del mundo hispánico, cada día las amarras pierden fuerza y podrá llegar un momento en que el proís no tenga cabos que anudar<sup>144</sup>. Antes que ese día llegue hay otras razones que conviene no olvidar: la influencia del inglés es un hecho general en el mundo de hoy<sup>145</sup>; contra ella está, en la Isla, la enseñanza que, mayoritariamente, se imparte en español (inf. 18), el fomento que ha de hacerse de la propia lengua (inf. 74), la política que con sus conflictos hace surgir «una afirmación de los valores hispánicos»<sup>146</sup>... Machado diría, «no todo se ha perdido» y quisiéramos contar con el Rubén de la esperanza<sup>147</sup>.

Las cifras nos han dado unas valoraciones numéricas: 28,6 % de los puertorriqueños creen que el español se pierde; ahora, un 12,6 % de los encuestados<sup>148</sup>, piensa que nada hay que temer. Resulta curioso

<sup>143</sup> Idem 88, 142, o el se *postea* del inf. 86 (inglés *posting* 'trasladar de un libro de contabilidad a otro'). Alguno era menos melindroso y no atenuaba sus razones: «se prostituye por influencia norteamericana» (inf. 91).

<sup>144</sup> «Tienen que pasar muchas generaciones para borrarse» (inf. 113).

<sup>145</sup> Informante 76. La afirmación es cierta, pero en pocos sitios actúa tan masiva, activa y ordenadamente como en Puerto Rico.

<sup>146</sup> Informante 120 (catedrático, doctor en educación, cincuenta y ocho años; Las Piedras), también el 148 (estudiante de medicina, veintiocho años; Cayey).

<sup>147</sup> Otros informes de nada sirven: cada día hay más personas que hablan español (inf. 16 y 23), se habla más español en Estados Unidos, que inglés en Puerto Rico (inf. 105).

<sup>148</sup> Han sido diecinueve (8, 16, 23, 29, 57, 61, 70, 71, 80, 89, 90, 105, 113, 115, 120, 125, 126, 144, 148), cuyas respuestas he comentado.

que las tres posibilidades (añádanse los que postulan la coexistencia) tienen unas proporciones harto parecidas. Son unos informes de gentes diversas, por su edad, por su instrucción, por su capacidad de objetivar los hechos o por su apasionamiento, que todo cuenta. En esta especie de consenso democrático (un hombre, un voto) no podemos decir que todas las razones expuestas valen lo mismo, ni podemos pedir que cada uno de esos informantes hable como un profesional de la lingüística: creo que ya es bastante obtener unos informes probablemente sinceros. Basta con que los sujetos que hemos tenido nos hayan querido decir su verdad. Entonces nuestra tarea ha sido la de ir separando trigo de paja, y aun de granzones; actuar objetivamente y querer que los resultados puedan servir. En esta especie de combate inglés contra español, tal vez las palabras no hayan dicho lo que con su forma se manifiesta; creo, al menos, que al decir «el español se pierde» no eran exactos los informantes; sus datos, me parece que lo han explicado claramente, formulaban otro enunciado: «el español padece la influencia del inglés» o «el español está combatido por el inglés». Que hubo un pequeño grupo que formuló algo así como el «delenda est hispanica lingua», es verdad, pero ese grupo no significa mucho; más aún, tal vez formularan una hipótesis o un deseo, no una realidad, por cuanto ninguno de esos informantes dejó de reconocer el español como su propia lengua.

#### A GUIA DE COMENTARIO ÚLTIMO

A lo largo de estas páginas he querido acercarme a unos problemas del español en Puerto Rico; tal vez, a las cuestiones previas que afectan a la conciencia colectiva a través de su lengua<sup>149</sup>. Se trata, sí, de la situación del español y de su futuro, pero mal podremos enfrentarnos con estos hechos si no conocemos la postura de quienes los condicionan y los hacen. Ha corrido mucha tinta sobre los problemas que, en la Isla, afectan al contacto lingüístico, pero faltaba encararnos con lo que yo he pretendido hacer.

Este conjunto de gentes a las que he considerado son, sin ninguna excepción, hablantes de español y no aceptan a ninguna otra lengua como propia. El 30 de junio de 1965, los puertorriqueños ganaron en la Corte Suprema de Estados Unidos un elemental derecho humano: que se les reconociera como propiedad suya el español —la sola len-

---

<sup>149</sup> Aunque consideran el problema desde una perspectiva limitada, pueden verse los trabajos incluidos en *The National Question*, número monográfico de la revista «The Rican», II, 1974.

gua— en que todos ellos se comunicaban<sup>150</sup>. En octubre de 1977, rechazaron un programa educacional porque se condicionaba a que la enseñanza se hiciera en inglés. He aquí una primera afirmación que formulan mis encuestas: la lengua nacional de Puerto Rico es el español. Se me dirá que he llegado a lo que es evidente. Verdad. Pero esa evidencia se ha querido oscurecer, y ahora nos sirve como punto de partida para todas las demás especulaciones<sup>151</sup>.

Frente a otras parcelas del Mudo Hispánico, y es una nueva pretendida evidencia que deberá ser aclarada, el nombre de la lengua es *español*. Y es español porque la Isla fue territorio español hasta 1899, año en el que el término abarcador tenía total arraigo (frente al alternante de *castellano*) en la conciencia de quienes hablaban la lengua común; pero que no eran castellanos, y es español (como en Méjico) porque se establece una clara correlación con *inglés*, o francés, o alemán, o italiano; posturas, ambas, bien hispánicas: una de continuidad en la historia<sup>152</sup>; la otra como sustento de personalidad nacional fomentada por los emigrantes españoles (no castellanos) del siglo XIX. Cuantos utilizaron *castellano* lo hicieron de manera numericamente muy escasa e incoherente desde unas consideraciones que se desprenden de sus propias respuestas. Porque *castellano* es, como tantas y tantas veces, un término empequeñecedor (habla de los castellanos) o un ideal lingüístico (modalidad paradigmática) que no se posee. Como he dicho (pág. 7): español es un hecho de lengua; castellano, de habla.

Dueño de su lengua, el puertorriqueño adopta una postura cuando actúan estímulos extraños. Su habla es, evidentemente, una modalidad de raíz sevillana. Es lógico que la reacción sea más perceptible cuando escuche una variante de tipo arcaizante. Es decir, no andaluza, no canaria, no hispanoamericana. Ante ese español septentrional, con su *ce*, con su *elle*, con su *jota*, con su *ese* implosiva, nuestros informantes preferían su propia modalidad por unas justificables razones subjetivas

<sup>150</sup> Granda, pág. 157. Cfr. CEBOLLERO, pág. 112, y NILITA VIENTÓS, *Al defender su lengua verndcula Puerto Rico lucha por su independencia* («La Gaceta», Fondo de Cultura Económica, México, octubre de 1965) y en este sentido hay información objetiva en CEBOLLERO, pág. 118.

<sup>151</sup> Los ataques no cesan: en el VII Congreso Internacional de Hispanistas (Venecia, 25-30 de agosto de 1980) se presentaron proyectos de reforma cultural que atentan contra el español.

<sup>152</sup> Pienso que el 'dólar' se llama *peso*; el 'quarter', *peseta*; el *dime*, 'sencillo'; la moneda de cinco centavos, *vellón*, y el *centavo* 'perra'. La generalización del último término es posterior a 186 cuando se acuñan las monedas que conmemoran la guerra hispano-marroquí de 1859-60: el león que con su zarpa sostenía el escudo de España fue, humorísticamente, considerado como un «perro». Otros arcaísmos son preciosos: las fastidiosas máquinas de pasatiempo se llaman *velloneras*, porque se alimentan con las monedas que equivalen a nuestro antiguo 'real de vellón'.

en las que entraba toda suerte de valores terruñeros, mientras que estos mismos hablantes repudiaban la modalidad peninsular sin casi ninguna otra razón que la de pronunciar la *ceta*. He aquí otro motivo de conciencia lingüística: para muchos de nuestros puertorriqueños, la oposición *ese / ce* viene a ser el rasgo distintivo que separa las realizaciones de las dos orillas, mientras que la *elle*, la *jota*, la *s* implosiva, la distinción *l / r*, la forma de los plurales, el orden de los sintagmas, etcétera, no les decía nada, o no lo percibían. Posiblemente es un motivo tópico y no sólo de Puerto Rico: cuántos y cuántos estudiantes hispanoamericanos, y de lingüística, creen que lo propio del español peninsular es el «ceceo», y nunca habían oído hablar de esa realidad que es la distinción.

La adhesión a la propia modalidad es razonable, pero no se trata de un fenómeno universal. Otras gentes creían mejor la variedad conservadora del español por una serie de razones lingüísticas (a pesar de su *ce*) que tienen el denominador común de la corrección y por otras razones de tipo histórico, que no podríamos aceptar sin discriminación.

Tenemos, pues, dos hechos que se repiten en todos los sitios: una justificación local y otra ideal. La primera es el resultado de la vida sobre la tierra con todas las connotaciones que ello implica; la segunda, consecuencia de unas pretensiones objetivas, que, en ocasiones, han buscado su apoyo en la historia. Volvemos a otro punto ya considerado: realización del acto individual que es el habla, considerado en lo que tiene de habitual; frente a él unas enseñanzas escolares que han venido a coincidir con la otra modalidad enfrentada<sup>153</sup>. Siempre es lo mismo: valoración y hasta ultravaloración de lo propio y xenofobia; inseguridad en la realización personal y xenofilia. Y, en medio, quienes creen que tan válida es una variante como otra, siempre y cuando sirvan para la mutua comprensión de los hablantes.

Hasta aquí tendríamos una parte del problema, el de la actitud de los puertorriqueños, hablantes de español, ante dos modalidades de su propio idioma. Pero al terminar el siglo XIX las cosas cobraron un brutal sesgo: la intrusión de una nueva lengua como consecuencia del desastre español. Ahora no hay que pensar en dos variedades dentro de una coherente unidad, sino el enfrentamiento de dos lenguas: la tradicional (con la secuela de su derrota) y la impuesta (con la petulancia de la victoria). Ochenta años después, tenemos cierta perspectiva para valorar lo que ha pasado; no sé si para intuir el futuro.

---

<sup>153</sup> Cfr. División de Investigaciones Pedagógicas del Consejo Superior de Enseñanza, *Estudio del Sistema educativo* (3 vols.) [1968].

Hemos utilizado un conjunto de hablantes, muchos, que reaccionan a nuestras preguntas como les dicta un saber personal. Saber que puede estar equivocado, que puede responder a enseñanzas ajenas, que puede haberse producido en Dios sabe qué motivos individuales. Pero todo esto es personal; lo válido es la manifestación de tales hechos como actitudes de conciencia. O, si se prefiere, cómo reaccionaron esos numerosos puertorriqueños cuando se les formularon ciertas preguntas y las razones que tuvieron para justificar su decisión. Pero, a través de cada singularidad, vamos entreviendo el comportamiento de una conciencia colectiva. Lo que uno cree —cierto o no, justificado o no, documentado o no— es lo que se convierte en el móvil de su acción. Si un puertorriqueño cree que se enseña poco inglés y que debiera enseñarse más, cuando vote una hipotética reforma educacional lo hará de acuerdo con su creencia: los datos objetivos no le servirán —sean cuales sean— sino de acicate para su decisión de que haya más inglés. Si un estudiante dice que los libros están en inglés (y son sólo los que él estudia) no aceptará que otros están en español porque pensará que ése es un problema de otras especialidades y, en última instancia, que hay millones de estudiantes en todo el mundo cuyos manuales no están en inglés. De todo ello podemos obtener muchísimos ejemplos en cuanto ya he dicho; bástenos esta confirmación para que nuestro discurso siga una línea razonable.

El hecho cierto es que el inglés no se puede silenciar. Está ahí, agresivo, dispuesto al asalto, atento a los desencantos. Yo no digo que esto sea bueno o malo. Es así. Y qué duda cabe que al Gobierno Federal le convendría que el español no existiera, como que no existieran los indios, ni los negros. Pero ¿sólo al Gobierno Federal? Un hablante decía: si nos convertimos en estado de la Unión, seguiremos la suerte de California, de Tejas, de Nuevo Méjico<sup>154</sup>. Y no hay motivos para pensar lo contrario; la historia se repite siempre. El inglés amenaza: unas veces por la acción directa y otras por la quinta columna de los conversos. Entonces los hablantes de español deben conocer la situación real si es que quieren salvaguardar su lengua, pues de otro modo sucumbirán ante una fuerza a la que sólo podrán oponer la emoción de sus nostalgias.

---

<sup>154</sup> Son casi las mismas palabras de Muñoz Morales en 1921 (*El status político de Puerto Rico*, San Juan, 1921, pág. 62, cit. por MALDONADO DENIS, *op. cit.*, pág. 128). Cfr. GRANDA, *op. cit.*, págs. 33, 35 (nota 28). Hay una larga transcripción de imposiciones en numerosos Estados de la Unión en el artículo de ELIEZER NARVÁEZ, *La estadidad y la lengua* («Poder Estudiantil», Universidad de Puerto Rico, 13-26 de abril de 1977, págs. 10-11).

Hoy el inglés cuenta, y hace cien años, no. Cuenta porque hay gentes que lo hablan; lo hablan como segunda lengua, impuesta, y, muchas veces, tardíamente adquirida. No podemos decir que sean bilingües esas gentes porque para ellas el inglés no es una lengua del hogar, de la tierra o del amor; es una lengua técnica, de negocios o de necesidad para el trabajo<sup>155</sup>. Creo que así no se hace de Puerto Rico un país bilingüe; ¿cuántos José de Diego, Julia Burgos, Enrique Laguerre o Luis Rafael Sánchez escriben sus poemas o sus relatos en inglés? El español sigue siendo la lengua nacional por más que muchos puertorriqueños (un 78 % de nuestros informantes) se puedan expresar mejor o peor en inglés. Pero se ha producido un hecho que no puede silenciarse: al aprender esa nueva lengua, la gente compara. Es una situación especial la que la lengua tiene; hay hechos que al hombre le vienen desde fuera: el sistema de impuestos, la situación legal, la obligatoriedad de ciertas normas de conducta. Uno podrá pagar, regirse por un tipo de derecho, leer las señales de tráfico en vez de interpretar símbolos, pero difícilmente comprometerá en ello su propio destino individual. Pero si se le enfrentan conductas morales o formas de religiosidad o hábitos lingüísticos, su situación no será la misma, por cuanto se le dan opciones (no para liquidar impuestos o circular por la derecha), se le permite el ejercicio de su libertad. Esto es cierto, pero hay quien ejerce la libertad en una escueta desnudez y otros tienen la suya (la muestran, tientan a practicarla, la dan como buena) con la coacción estatal, la agresividad de la opulencia o el interés de la adhesión. Son dos libertades bastante distintas. Socavar la religión, desintegrar las tradiciones patrimoniales, envilecer la lengua, son otros tantos caminos que llevan a la anexión. Vuelvo a repetir: no juzgo si bueno o malo; aquí y ahora, conductas que llevan a la enajenación<sup>156</sup>.

<sup>155</sup> Todos estos tópicos de hoy, ya los había señalado Pedro Salinas en un ensayo escrito hace muchos años, pero el gran poeta veía más los factores positivos que los negativos en el aprendizaje, impuesto, del inglés (cfr. «Puerto Rico y la lengua inglesa», en *El Defensor*, ya citado, págs. 249-252). Por su parte, MERVYN C. ALLEYNE habla de «una situación de bilingüismo por lo menos incipiente», que deberá matizarse muy mucho (*Lingüística y enseñanza de idiomas en el Caribe*, apud «El Simposio de San Juan de Puerto Rico. Junio de 1971. Actas, informes y comunicaciones». Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Departamento de Instrucción Pública, 1974, pág. 17), según advirtió ESTEBAN TELLINCHI en su apasionado y, por desgracia, cierto *Ad insensatos: la falacia del bilingüismo* («Rev. de Ciencias Sociales», U. P. R., XI, 1967, págs. 183-203). Antonio Colorado escribió taxativamente: «No somos bilingües como pueblo [...]. Muchos hablamos el inglés, pero no hablamos desde el inglés» (*Palabras al Primer Congreso de Lexicografía Hispano-Americana*, «Isla», 1970, núms. 4-5, pág. 16).

<sup>156</sup> Vid. datos sobre la emigración a Estados Unidos, en GRANDA, págs. 42-43. No trata de problemas lingüísticos, pero llega a idénticas conclusiones de las que

Y no olvidemos que son gentes forzadas a una situación de la que no pueden salir: ¿dirían lo mismo si la potencia colonial se llamara Francia, Alemania o Rusia? Pensemos que estas gentes no pueden tener otra relación que con Estados Unidos.

Entonces, encontramos puertorriqueños que no han oído que les dijeran que una lengua es mejor que otra, lo que debe ser cierto, pero —sin embargo— sí, y muchos, a quienes les recomendaron aprender otra lengua, hecho objetivo inobjetable, pero —libertad condicionada— esa segunda lengua sólo es el inglés<sup>157</sup>. Si unimos estos datos, relativamente neutros, con los que tienen conciencia de haber padecido una imposición idiomática, tendremos que la presencia del inglés no es pasiva, sino políticamente activa, por cuanto «para ser gente» es imprescindible el inglés; y con el inglés se medra, se obtienen puestos de trabajo, se alcanza un *status* social que de otro modo no<sup>158</sup>. Resulta entonces que, en el ejercicio de su libertad, quienes no saben la segunda lengua sienten cerca el fantasma de la marginación.

Puerto Rico ha caído —lógicamente más que cualquier otro país— bajo la abrumadora presión de Estados Unidos: prestigio, riqueza, poder, todo acompaña a la gran nación. Lo que a Estados Unidos pertenece está nimbado por la aureola de la admiración, cuanto más en una pequeña Isla, donde los millones de dólares se vierten como del saco rebosante de un risueño Santa Claus. Basta con decir que una parte de las características del gran país (la lengua en nuestro caso) es mejor que cualquier otra para que los beneficiarios de otras ventajas así lo crean: la técnica, el comercio, y, por supuesto, en inglés las cosas se dicen con pocas palabras y se expresan mejor que en español. Pero ¿quién puede combatir con espectros?<sup>159</sup> La afirmación pasa por ver-

---

se indican en el texto. EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ, *Historia cultural de Puerto Rico, 1493-1968*, San Juan de Puerto Rico, 1980, especialmente las págs. 340-342.

<sup>157</sup> Debe señalarse que en 1948 se restableció la enseñanza del español en las escuelas públicas y la supresión del inglés (GRANDA, pág. 55).

<sup>158</sup> Cfr. RODRÍGUEZ OTERO, pág. XVII. Y, sobre todo, téngase en cuenta las razones pragmáticas que aduce GRANDA, págs. 54-55. En 1967, Esteban Tollinchi escribió: «A pesar de que los organismos educativos del país hayan vuelto a implantar el español como lengua de enseñanza, a pesar de que se hayan aumentado los esfuerzos para fomentar lo auténticamente puertorriqueño y por afirmar el carácter hispano de nuestro pueblo [...], no se puede ocultar que esos esfuerzos poco a poco se han tornado mayormente defensivos. La influencia del inglés en Puerto Rico y el peligro de una transformación lingüística nunca han sido mayores» (*art. cit.*, nota 155, pág. 183).

<sup>159</sup> En una agencia de viajes de Río Piedras presenté mi pasaje: *Ida y vuelta*. Lo tacharon: *Redondo*. No, señorita, no es *redondo*. Sí, *round trip*. A pesar de mi razonamiento lingüístico, no logré convencer: «es que en inglés tiene menos letras». Perdí: nueve contra diez. ¿Y si hubiera pedido *ida* y no *one way*?

dad inconcusa y será difícil desarraigarla. Tras todo esto hay una sombra falaz y engañosa, se llama política <sup>160</sup>. No me importa cuál, pero tras cada una de esas lenguas se agazapan unos intereses políticos que enmascaran la verdad y aún llevan, con razones válidas, a que las gentes decidan contra su conciencia para evitar males mayores <sup>161</sup>.

Estamos en otro peldaño. El inglés no es sólo una presencia, sino una presencia activa, amparada por una potencia colonial (lo dijo algún informante), con unos medios de captación infinitos, con una constante capacidad de erosión <sup>162</sup>. Muchos puertorriqueños ven la sombra gigantesca y se abruma: el español se pierde. Y desgranar el rosario de sus cuitas: influencia política, emigración y retorno, servicio militar, escuelas privadas, técnica, bilingüismo, conciencia de pueblo colonizado, complejo de inferioridad... Como resultado: mezcla cultural, interferencia lingüística, dilución de la conciencia nacional. Hay verdad en todo ello, pero todo ello no es la Verdad <sup>163</sup>. Cuando estas gentes tenían que justificar sus trenos, sólo encontraban motivos léxicos y, por encontrarlos, creían que su lengua podía morir. Pero había otros puertorriqueños que levantaban la antorcha de su verdad: el español es la lengua de la Isla, muchos puertorriqueños no hablan otra, ochenta años de colonia no han conseguido desarraigarla, ni los anglicismos cuentan. Otra parte de verdad, si no la exageramos. Lo cierto es que el español se enfrenta al inglés y que lo válido hasta 1900 hoy es inoperante. Pensar que una lengua se borra por razones mercantiles o por imposiciones políticas es llegar a unos callejones sin salida <sup>164</sup>. Joaquín

<sup>160</sup> Vid. los comentarios de MANUEL MALDONADO DENIS al libro de GRANDA (*Noticias culturales*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, núm. 170, 1975, págs. 17-18) y otra serie de glosas, aparte de las que he aducido en los lugares oportunos, de JOSÉ JOAQUÍN MONTES (íd., núm. 91, 1968, págs. 9-10), de ARNOLDO PALACIOS (íd., núm. 92, 1968, págs. 21-23).

<sup>161</sup> Es el resultado de esa «escisión de la identidad» del puertorriqueño (cfr. ÁNGEL G. QUINTERO ALFONSO, *Educación y cambio social en Puerto Rico. Una época crítica*, Río Piedras, 1974, pág. 169. Lástima que esta obra no se haga cargo de los problemas educacionales en una u otra lengua, sino de manera muy esporádica (p. e., en la pág. 186).

<sup>162</sup> Creer lo contrario, por respetables que sean sus valedores, ni es científico, ni verdad; buena constancia quedó de ello en alguna carta de Juan Ramón Jiménez. Más razonable resulta ser lo que dice MARÍA TERESA BABÍN DE VICENTE en *Alrededor del lenguaje de Puerto Rico* («Asomante», II, 1964, págs. 82-90).

<sup>163</sup> Pienso en unas palabras de Cebollero: «Puerto Rico nunca ha sido y probablemente nunca será un país bilingüe. Tiene un idioma vernáculo que basta para realizar todas las funciones correspondientes al lenguaje de un país [...]. La política bilingüe de la escuela pública constituye por lo tanto una situación arbitraria y artificial para la cual no hay justificación en la estructura social del pueblo ni en la naturaleza de su cultura» (pág. 121).

<sup>164</sup> Ténganse en cuenta los datos que da Cebollero (págs. 80-83): en 1897, el comercio de Puerto Rico con Estados Unidos, significaba el 19,5% del total; en

Costa decía que el mundo es algo más que una factoría donde se compra y se vende, y vamos encontrando respuestas a su afirmación. Pero el mundo, hoy, es también una factoría donde se compra y se vende. También las conciencias se compran y se venden. Pero lo que mis encuestas han venido a mostrar es que Puerto Rico tiene una clara conciencia lingüística, que esa conciencia lingüística se expresa en español y que el español es la lengua de la comunicación, de la afectividad y de la literatura. Que el inglés amaga por doquier y que la conciencia puede relajarse, ¿cómo si no esas gentes que prefieren la lengua impuesta?<sup>165</sup> Pero que la pérdida vaticinada por los agoreros no tiene sustentos objetivos: valoran —y son de valorar— los anglicismos, pero el vocabulario es la parte más inestable de una lengua, la que en todas partes se muestra más proclive a la veleidad. Si tantos y tantos fueran esos anglicismos, el español de Puerto Rico podría resultar ininteligible por más que su estructura gramatical fuera hispánica<sup>166</sup>. Pero ¿tal es el caso? Y quedan, cuántos y cuántos, esos puertorriqueños que no sólo se identifican en su lengua, sino que la sienten como criatura que merece desvelos, y no sólo amor<sup>167</sup>.

Hemos visto qué opiniones tenían sobre su lengua, y sobre problemas que atañen a su lengua unas gentes entre las que no figuraba ningún lingüista, cuando más algún maestro de español. No podemos exigir que cada uno de los hablantes fuera autor de una teoría original y coherente. Las pretensiones eran muy otras: saber la actitud individual

---

1899, el 37,15; en 1940, el 96 %. En ese 1940, Puerto Rico figuraba en duodécimo lugar entre los países importadores de Estados Unidos y en el octavo en cuanto al volumen económico de esas importaciones.

<sup>165</sup> Cfr. QUINTERO ALFARO, *op. cit.*, pág. 117. En el artículo de E. Tollinchi, ya citado (pág. 184), se añaden las causas políticas que también han salido a mi paso.

<sup>166</sup> Aduciré un trabajo, con su no poco de anecdótico, pero pienso que en las anécdotas sustentan muchas gentes el mundo de sus creencias: GRACIANY MIRANDA ARCHILLA, *La torre de Babel: Breves consideraciones acerca del inglés y su fracaso en Puerto Rico* («Alma Latina», 14 de junio de 1941, págs. 45 y 59). *Fracaso* no es aquí una realidad presente, sino un deseo. Por eso están llenas de ponderación las palabras que SALVADOR TRÍO dedicó al asunto: la oposición no es a la enseñanza del inglés, sino *en inglés*, expresa sus temores por la intrusión de anglicismos semánticos y apostilla: «Es ajeno a nosotros el concepto de raza en sentido biológico: nuestro sentido de raza nos lo da la lengua» (Discurso de clausura del Congreso de Lexicografía, *El Mundo*, 25.XII.1969). Muchas de estas cuestiones se pueden ver —incluidas las lingüísticas— en el desazonante libro de MALDONADO DENIS, ya citado; por ejemplo, págs. 200, 218, entre otras muchas.

<sup>167</sup> Pero no hay que caer en falaces esperanzas; otros espíritus señalan el carácter colonial de una situación, servida por el mimetismo de las clases poderosas (TOLLINCHI, pág. 185); multitud de otros problemas se estudian a lo largo de este excelente trabajo). CESÁREO ROSA NIEVES hace indicaciones parejas en *El español de Puerto Rico en Nueva York* (BAACPR, V, 1969, págs. 519-529), aunque el tono del trabajo y las conclusiones son más bien de tipo sentimental.

para, del conjunto, inferir la conducta colectiva. Mis medios habrán sido limitados —ya lo he dicho— pero no escasos: ciento cincuenta encuestas permiten formar un juicio, el que aquí he ofrecido. Mi pretensión ha sido constituir un conjunto organizado con los *disiecta membra* que se me han ofrecido, pero no he querido valorar individualmente, ni silenciar. He dado siempre todos los informes que poseía, de este modo cualquier lector podrá conocer la relevancia de la cuestión en el conjunto donde la inserto; incluso cuando se trataba de perfilar o completar un matiz, he consignado la fuente de mi dato; como todas estas comprobaciones van en nota, creo que el lector podrá obviar por sí mismo el enojo de la lectura, si no le interesa la sarta de números que añadido.

FINAL

Un día en el cementerio del viejo San Juan buscaba la tumba de Pedro Salinas. Cielo y mar se fundían en un horizonte contemplado. En el cielo limpio, flameaban banderas: unas con las menudas estrellas de la Unión; otras, con la grande de Puerto Rico. Cada uno de aquellos mástiles se apoyaba en la sepultura con un nombre; casi siempre, un nombre español. Para el cementerio del viejo San Juan, parecía formulada la pregunta de Isaías: «¿consultará a los muertos por los vivos?»<sup>168</sup>. Los muertos seguían combatiendo con banderas enfrentadas. Y hoy las contemplamos, izadas también, en estas páginas que quieren ser objetivamente científicas. Quieren ser, y lo son. Porque aquí no se ha venido a hacer declaraciones personales, sino a interpretar lo que han dado unos datos recogidos objetivamente. Y esos datos no han sufrido ni la más leve manipulación. Son unas cuartillas verdaderas. Lo que puede no ser verdadero es el acierto de la interpretación, pero tales son los gajes del oficio.

MANUEL ALVAR

---

<sup>168</sup> Is., VIII, 19.